



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 12 Marzo 1914.-Número 11.

Sucursal:
Rivadavia, 698
Buenos Aires

Las elecciones

He retrasado un día la publicación de este número, para poder decir algo sobre el resultado de las elecciones.

En Madrid han triunfado, obteniendo veinte mil y pico de votos:

Roberto Castrovido.

Pablo Iglesias.

Rodrigo Soriano.

Eduardo Barriobero.

Luis Talavera.

Y se creen seguros por provincias los siguientes:

De la Conjunción.—D. Adolfo Alvarez Buylla, D. Horacio Echevarrieta, don Eduardo Fernández del Pozo, D. Joaquín Salvatella, D. Hilario Ayuso, D. Pedro Gómez Chaix, D. Félix Azzati, D. Marcelino Domingo, D. Julián Nougues, don Felipe Rodés y D. Juan Carner.

Radicales.—D. Alejandro Lerroux, don Francisco Giner de los Ríos, D. Emilio Santa Cruz.

Independiente: D. Salvador Albert.

De los elegidos son diputados por primera vez los Sres. Alvarez Buylla, Fernández del Pozo, Ayuso, Gómez Chaix, Barriobero, Talavera y Domingo.

Es decir, que en las anteriores Cortes teníamos cerca de cuarenta diputados y en estas tendremos veinte.

El triunfo en Madrid debe alegrar á todo republicano, pero no envanecemos.

Con relación á los que en 1903 y 1910 obtuvimos, resulta una derrota.

Ahora nos ha dado el cuerpo electoral 20.000 votos.

Entonces 42.000.

Otro triunfo parecido, y en la misma proporción de bajas, y al retraimiento forzoso por falta de electores.

Hubiera sido más honroso para el republicanismo haber sido derrotado con treinta mil votos, que triunfado con veinte mil.

En Barcelona han sido derrotados Lerroux y Emillano Iglesias.

La ayuda prestada á última hora por Lerroux al gobierno conservador, presentando la llamada candidatura de prestigio por Madrid, debe de haber contribuido poderosamente á su derrota.

La votación alcanzada aquí por su candidatura fué ridícula: mil y pico de votos.

En Zaragoza ha sido también derrotado Alborno.

Otro golpe formidable para Lerroux. Y es que no se puede jugar con un parti-

do como él lo ha hecho, abusando de la popularidad adquirida.

Dos diputados de los que ya lo han sido, echo de menos en el Congreso:

Menéndez Pallarés y Rafael Salillas.

Mientras ejercieron el cargo, ambos lo honraron y enaltecieron.

Los discursos magistrales del primero en cuantas discusiones intervino, especialmente en la cuestión religiosa, y la labor razonada, constante, honda é intensa del segundo en la discusión de Presupuestos, los hacían merecedores á que el republicanismo los hubiera llevado al Congreso con preferencia á cuantos van.

¿Pero qué hacerle? Los partidos populares no se distinguieron nunca por su gratitud.

Barcelona prestó un gran servicio á la patria, creando la figura de Lerroux frente á los separatistas.

Y ahora se lo ha prestado al partido republicano, deshaciendo la figura que creó.

Es un pueblo muy grande Barcelona.

Los nombres de Maura y Lerroux figurarán unidos en la historia de estas elecciones.

Maura reventando á los monárquicos con la presentación de su candidatura, sin lo cual no hubiera triunfado ni un republicano.

Y Lerroux tratando de favorecer al Gobierno contra los republicanos, al presentar la suya.

El amor de cada uno á las ideas que dicen representar, ha quedado á la misma altura.

A última hora me enteró de que Lerroux ha salido diputado por 130 votos de mayoría en Posadas.

¡Haber ganado batallas de Austerlitz políticas, y triunfar ahora casi de incógnito en un distrito rural!

Hubiera quedado más airoosamente no yendo al Congreso.

¡Cuánto trabajan los pobres candidatos para salir diputados!

Consumen tanta fuerza en la campaña electoral, que luego durante la legislatura no tienen alientos para el menor esfuerzo.

Con lo cual resulta la vida política al revés. Trabajan horriblemente cuando debieran estar parados, y huelgan deliciosamente cuando debieran trabajar.

El resultado de estas elecciones, además de poner á prueba muchas condicio-

nes de Lerroux, somete á duro trance su virtud.

No es su derrota la que coloca en el crisol su espíritu, sino el triunfo de su súbdito Giner de los Ríos.

¡Tremenda lección para un jefe!

El triunfo de Giner y la derrota de Lerroux, evidencian el estado espiritual del partido radical barcelonés.

¿A qué condición particular de los candidatos se debe el triunfo del uno y la derrota de los otros?

Ahi está el gran secreto y la esencia de esta lección experimental.

Adivínelo el lector por sí mismo; y sobre todo, adivínenlo los interesados.

Vamos á tener algunos diputados menos en el Congreso.

¡Desgracia terrible!

No quiero pensar en lo que ocurriría si no hubiera triunfado ninguno.

¡Horror!

De fijo que la Monarquía promulga una reforma constitucional para crear diputados republicanos de real orden.

Le va muy bien con ellos, salvo cuando alguno desentona.

¿Quiénes son los republicanos leales y quiénes los traidores?

Imposible de averiguarlo en las palabras. Todos hacen privilegio del título republicano, y cada cual llama traidor al que estorba su privilegio.

Ya que los dichos no resuelven el problema, á los hechos me remito.

Y el primer hecho innegable es este: que en cuarenta años hemos hecho muchas traiciones y ninguna república.

Triunfo del pueblo republicano.

Lo ha sido la derrota de los jefes que estaban siendo sus enemigos invencibles.

El pueblo los ha vencido. El pueblo es más grande y más fuerte que los jefes.

¡Ya era hora!

Historiemos

Como es sabido, los republicanos acordaron por fin unirse; pero los radicales, á fin de que nadie supusiera que lo hacían con propósitos electorales, aplazaron la unión para después de las elecciones.

Los conjuncionistas, en vista de esto, nombraron sus candidatos, sin que los radicales se extrañaran de que no les hubieran dado puesto en la candidatura.

Lerroux dispuso después que su partido, olvidándose de los muchos y crueles

agravios que le habían inferido los nacionalistas, se uniese con ellos para ir á las elecciones en Cataluña.

Así marchaba la cosa regularmente, soltándose sólo alguna que otra pulla los de un bando y los del otro, pero sin extremar la hostilidad.

Cuando faltaban solamente ocho días para celebrarse las elecciones, cayó el amor propio de Lerroux en la cuenta de que debía manifestarse resentido por no haber contado los conjuncionistas de Madrid con su partido al elegir candidatos. En los demás mortales el amor propio se manifiesta rápidamente: en Lerroux, por lo visto, á tantas semanas fecha.

La indignación de Lerroux coincidió, mejor dicho, vino al día siguiente ó á los dos días de haber presentado su también tardía candidatura los mauristas; de aquí que todos, monárquicos y republicanos, supusieran que de este modo podría el gobierno compensar con los votos que los radicales quitaran á la candidatura de la Conjunción, los que á los conservadores restaran los mauristas.

Lerroux, para que nadie pudiera sospechar que era el deseo de un acta lo que le había movido á tomar la resolución aquella, puso en la candidatura radical á Roberto Castrovido, Pablo Iglesias, Giner de los Ríos (D. Francisco), Simarro, Dícenza y Paraiso, señores que, sin ponerse de acuerdo, renunciaron individualmente al honor de perturbar á los republicanos por mandato del rezagado amor propio de Lerroux, manifestándose algunos indignados y ofendidos. La candidatura, sin embargo, siguió su curso. Era cuestión de amor propio, y ya se sabe lo exigente que este señor es, sobre todo cuando tarda en decidirse dos ó tres semanas.

Puede calcularse la feroz zalagarda que con esto se armó en el republicanismo: las palabras *traidor, vendido, miserable, canalla, cobarde*, acompañadas de todas aquellas que más deprimen y deshonoran, se arrojaron unos á otros al rostro. Nunca he visto, ni entre clericales, llegar á tal extremo de procacidad y rabanerismo.

Y se habló de cinco mil pesetas entregadas en Gobernación al director de un periódico, á cuenta de mayor cantidad; y de si otro periódico cobraba del fondo de reptiles; y otro; y otro. Y como Lerroux había ofrecido miles de pesetas á los candidatos prestigiosos que no las tuvieran para la elección, se acentuó la nota de que del aludido fondo salían; y, en fin, se hizo por todos cuanto estuvo en las manos de cada uno, para demostrar que la Unión que debía celebrarse después de las elecciones, sería grandiosa por lo sincera, inquebrantable por lo leal, y decisiva para el porvenir de la patria.

Así las cosas, el catedrático Sr. Ovejero, que en estos días ha renunciado á ser radical, indicó á Lerroux que propusiera la inclusión de Salillas en la candidatura de la Conjunción, y Lerroux lo hizo, ofreciendo retirar en este caso la que había presentado. Y esto recrudesció la bata-

lla de frases gordas, de insultos plazuelescos, de suposiciones ignominiosas.

Salillas, como todos esperaban, renunció á la honra póstuma que su jefe trató de concederle, en esta carta publicada en *El País*:

«Sr. D. Roberto Castrovido.

Mi distinguido amigo: Al venir á mi Escuela de Criminología leyendo *El País*, veo la carta que D. Andrés Ovejero le remite.

Ya sabe usted, mi querido amigo, que aunque tengo costumbre de expresarme con sencillez, me expreso en firme.

¡Eso no puede ser!

Con igual sencillez quiero decirle que ni antes, ni luego, ni ahora, me ocupé de elecciones.

Soy un arrinconado. En mi celda de mi hospedaje me encierro, con mis libros, mis apuntes y mis cuartillas.

Mi último acto político usted lo comentó recientemente en nota periodística, que le agradeci mucho.

Decía usted de mí: que tomaba las cosas en serio; que no abandonaba mi puesto; que cumplía con mi obligación.

Para garantizar la firmeza de mis declaraciones decía usted: «Es un hombre de bien.»

Y yo no tengo nada que añadir.

Le saluda y les da las más expresivas gracias, á usted y al buen amigo Ovejero, su afectísimo amigo, que les queda obligado.—Rafael Salillas.

Y he aquí, relatado á la ligera, lo que los republicanos de altura é influencia han hecho últimamente para acabar de convencer al país de que sólo hallará reposo, bienestar y honra en la República.

Me enorgullezco de haber dedicado mi vida entera á trabajar por su venida en la forma que he podido, y me felicito de haber por fin logrado que los republicanos se unan, se consideren y se respeten.

Ya era tiempo. Treinta y tantos años de labor incesante, me daban derecho á saborear cual ninguno los dulces frutos que acaba de producir el árbol frondoso de la fraternidad republicana.

Caída prevista

Como era inevitable, llegó la caída de Lerroux. Su fracaso en Barcelona, previsto por él antes que por nadie, y de ahí la presentación de su candidatura por Posadas, ha sido completo.

Aunque hubiese alcanzado diez ó doce actas en varios distritos, no hubiera compensado la pérdida de la de Barcelona. Esta es para él derrota moral, tanto como material.

Podía haberle sido contraria la opinión en todas partes; contando con Barcelona y parte de Cataluña, hubiese continuado siendo lo que era: una esperanza para los republicanos, y una constante inquietud para los monárquicos.

En situación triste queda, por más que

los suyos confíen en que la dominará. Yo no lo creo.

Si llega á triunfar en Barcelona, se le hubiese perdonado quizás su unión con los nacionalistas; como si triunfa en Madrid su maniobra contra los republicanos. El éxito justifica, no ya las torpezas, sino hasta las infamias, hasta los crímenes... Pero los hombres de éxito (y él lo es) no pueden fracasar ni una vez. El fracaso es para ellos la anulación lenta, peor que la muerte.

Grande responsabilidad alcanza á Lerroux. Pudiendo haber traído la República, ha retardado por tiempo indefinido su reinstauración. Pudiendo ser Bolívar, se ha quedado en Masanielo.

Su talento, su elocuencia, hasta sus mismos pujos de dictador, hacían que se apartase la vista de sus vanidades ridículas; de sus ostentaciones pueriles. Todo se le perdonaba al recordar que un gran pueblo, Barcelona, le aclamaba y le seguía.

¡Y no haber comprendido que podía haberlo intentado todo con aquel pueblo! De cuantos cargos puedan hacersele, ninguno tan tremendo para su porvenir.

Lerroux, dado su carácter, su fuerza de voluntad y su inteligencia, se agitará durante algún tiempo en el republicanismo; luchará; perturbará... mas no recobrará lo que ha perdido. La presentación á última hora de la candidatura por Madrid sabiendo que favorecía al gobierno, nunca le será perdonada.

Dos únicos caminos le quedan abiertos en política, pero se deshonraría completamente siguiendo cualquiera de ellos. El uno, hacer un movimiento revolucionario que le llevara á la emigración ó á la muerte; mas no debe intentarlo, por no llevar á un sacrificio estéril á hombres que pudo haber conducido á la victoria. El otro, imitar á Melquíades Álvarez; pero tampoco debe seguirlo, por no convertirse en uno de tantos monárquicos, él, que fué el primero entre los republicanos.

Lamentemos la caída de ese hombre que representó una gran fuerza, aunque haya contribuido cual ninguno á que cada día tengamos menos.

Miedo inexplicable

No sé por qué se inquietan tanto los gobiernos monárquicos cada vez que hay elecciones, al pensar en el número de republicanos que puedan venir al Congreso.

No digo viniendo veinte, como ahora vienen; aunque trajéramos sesenta, podrían seguir tranquilamente desgobernando á España, si aquellos eran del corte de casi todos los que hasta hoy elegimos.

Fuera de algún escándalo político, ¿en qué los han perturbado los republicanos?

¿Han fiscalizado con la constancia que debían su gestión financiera?

En la discusión de Presupuestos, que debería ser el caballo de batalla, ¿quién si no Salillas, ayudado por Pedregal, ha dicho algo?

En la cuestión religiosa ¿quién ha ahondado después de aquel soberbio y documentado discurso que pronunció hace años Menéndez Pidal?

En lo tocante á inmoralidades, ¿quién, sino Soriano ha puesto alguna vez los puntos sobre las *ies*, especialmente cuando lo del estampillado?

Y respecto á la administración de justicia ¿quién ha osado, fuera de Sol y Ortega, atacarla de frente?

Sobre la emigración, la miseria, los monopolios, el crecimiento constante de las órdenes religiosas, las intrusiones de Roma, la exención de frailes del servicio militar, la organización de *requetés* ¿quién ha hablado si no de pasada y á la ligera?

Y sobre lo que adeudan al Estado los ferrocarriles, y lo que ocurre en el Banco de España, y lo que hace la Tratatística, y lo que abusan, estafan ó roban las grandes empresas ¿qué voz autorizada se ha alzado, si no incidentalmente y someramente, cuando esta debía ser la acción de todos los días y el deber de todas las horas?

Y si todo esto es verdad, ¿por qué temen, ó aparentan temer los gobiernos que vengan al Congreso muchos diputados republicanos, como no sea por miedo á que aumente la petición de favores?

No lo he comprendido nunca.

Para aparentar que no se transigía con la inmoralidad, algunos republicanos armaron aquel escándalo sobre las aguas de Barcelona, la cal y el cemento, como si no hubiera aquí á millares negocios más turbios y de más importancia que alrear. Una gota de agua en el mar, esto fué aquello.

En números sucesivos enumeraré otros puntos que los republicanos que vienen por primera vez al Congreso pueden tocar, si quieren quedar decentemente y servir la causa de la justicia bajo todos sus aspectos.

¡Pues apenas hay tela donde cortar para los sastres que no vayan con la idea de llamarse á la parte en los retazos!

De nuestras cosas

He pasado una semanita que ¡ya ya!

Tan pronto tomaba la cosa por lo trágico, como por lo cómico; ora me alegraba de lo que ocurría, por si pudiera venir de este lado el remedio á nuestros males; ora me indignaba, por considerar que nos hemos reventado para mucho tiempo; á ratos pensaba en la suerte que han tenido los que murieron creyendo que la República podía salvar á España; á ratos confiaba en que ahora surgirían hombres nuevos para redimirnos de estas vergüenzas... Por pensar, hasta pensé en que algunos candidatos se apartarían asqueados de la lucha, ó que el Pueblo se retraería de dar su voto.

Desgraciadamente nada de particular ha ocurrido. Y digo desgraciadamente, porque hubiera sido un espectáculo consolador para los que admiramos la virilidad de las razas, ver que el domingo se

deslomaban á palos, ó se suprimían á tiros algunos de los republicanos que venían batiéndose durante toda la semana á calificativos ignominiosos y frases asquerosas.

Pero, nads: ni eso. Ni una mala bofetada ha caído sobre ningún rostro. Procadidades de palabra ó de pluma cuantas se quieran, pero las manos quietas. ¿Qué se diría si se agrediesen como hombres los que se ultrajan como verduleras?

Hay que ser prudentes para que no se nos tache de incorrectos.

Comienzo á preocuparme de lo que me pasa: á lo mejor resulto más imbécil que de ordinario.

¡Pues no dejé de esgrimir la pluma el número anterior por tener las manos ocupadas en taparme la cara!

¡Lo que se reñían cuantos lo leyeron! ¿Avergonzarme yo, que conozco tanto el personal, por lo que ocurría? El colmo de la idiotez.

Decididamente tendré que ir pensando en cortarme la coleta política. Sería triste que me arrojaran del ruedo á patatazos.

No por justificar aquella mentecatez, si no porque se me disculpe en parte, voy á apuntar algo de lo que me obligó á cubrirme la cara.

No abría un periódico sin leer piropos por el estilo, que mutuamente se dirigían mis queridos correligionarios:

—¡Tú cobras del fondo de reptiles!

—¡Tú te vendiste en las pasadas elecciones!

—¡En Gobernación le entregaron tal cantidad á Fulano para hacer esto!

—¡Y tal otra á Zutano por hacer esto otro!

—¡Mengano está de acuerdo con Dato para ayudarle contra los republicanos!

—¡Este, traicionó á sus compañeros de candidatura para salir él!

—¡Aquel, ha alcanzado un destino por votos monárquicos, á condición de no triunfar en un distrito seguro!

Y otros chicleos más gordos y no menos significativos.

Y me dije:

Si todo eso es cierto ¡qué deshonra! Y si no lo es, ¡qué indignidad!

Y, francamente, me ofusqué... Pensé que la opinión honrada é imparcial podría creer que tenían razón todos, y me tapé la cara con las manos.

Al fin y al cabo son correligionarios míos.

Después me hice esta reflexión:

Hago mal en tomar estos malsonantes desahogos por lo serio. Esto no es más que la natural consecuencia de la pasión política. En países civilizados como los Estados Unidos se esgrime también toda clase de armas para vencer á los contrarios.

—«Si, me contesté; pero aquí no se trata de contrarios, sino de miembros de un partido que se disponían á unirse después de terminadas las elecciones, para ver si derribaban la Monarquía; de hombres que

pintan la República como la única salvación de esta patria desventurada. Además, la pasión política puede en determinados momentos formar ríos de sangre, nunca charcas de pus.»

¿Que si voy á asustarme yo ahora de los desbordamientos de la pasión política en la lucha por las ideas? No; todo lo contrario. Las creo convenientes y necesarias. Más me asusta la pasividad, la indiferencia...

¡Luchar apasionadamente por las ideas! No hay muchos que en esto me hayan igualado.

¿Cómo asustarme, pues, de la contradicción que arranca del convencimiento, ni del apasionamiento en los ataques de los que se indignan ante la injusticia? No; sería negarme á mí mismo.

¿Pero es contradecir, ni luchar, ni apasionarse este insultar sin freno, este difamar sin descanso, este calumniar sin tino?

Que se me cite un escrito en que haya empleado yo contra ninguno de mis correligionarios las palabras brutalmente ofensivas y denigrantes que hoy son de uso corriente entre nosotros.

Me hubiera cortado la mano, ó atarazado la lengua antes de emplearlos.

¿Que los demás partidos están, como el republicano, divididos, y tirándose también al degüello sus hombres?

Cierto; pero ellos representan lo que se va; nosotros lo que llega.

Ellos, son un desengaño; nosotros, una esperanza.

Luego nosotros no podemos disculparnos con decir que ellos están como estamos.

Las ideas influyen, ó deben influir, en la manera de ser y obrar del individuo; y si los que profesamos las del porvenir nos parecemos en todo á los que defienden las del pasado, ¿con qué derecho ni para qué pretendemos sustituirlos?

Precisamente por que ellos andan divididos, deberíamos estar unidos nosotros.

Y porque ellos son inmorales, cuidar nosotros de no serlo.

Y porque ellos no tienen otra religión que la del miedo, rendir nosotros culto más ferviente cada día á la del sacrificio.

Pues si todos somos iguales ¿para qué procurar cambios que nada resolverían?

Mientras no se dieron entre nosotros diputados negociantes y concejales desaprensivos, pudimos hablar muy alto y con la frente muy erguida. Hoy tenemos bajar un poquito la voz y la frente, para que evitar que nos devuelvan las pelotas que tiremos.

Cada vez acude con más frecuencia á mi cerebro esta idea, que ya he apuntado. En estos últimos días ha llegado á obsesionarme:

Habría algo peor para España que el que la República se retrase, y es que viniera ahora, y cayese, como fatalmente caería, en manos de los hombres que la han deshonrado antes de venir.

Si cuando se trata únicamente de una representación en Cortes llegan á los extremos vergonzosos que acabamos de presenciar, ¿qué no harían por alcanzar una cartera de ministro, un bastón de gobernador, una plaza de subsecretario, director, ó jefe de negociado?

Por esto insisto en lo de que, aun estando en mi mano no vendría la República, á menos de no precederla un gran sacudimiento revolucionario que diese pretexto para que surgieran hombres nuevos.

¿Caer en manos de los actuales? Que siga mil veces la Monarquía con sus inmundicias, sus despilfarros y sus atropellos.

Sobre que en una República gobernada por esos ocurriría lo mismo, perderíamos hasta la esperanza, que aún podemos fundadamente halagar, de salvar á España si nos decidimos á renovarlo todo en el partido: conducta, procedimientos y personas.

No me pesa haber predicado la Unión durante treinta y tantos años; pero sospecho que no voy ya á tomarla en boca mientras no varíen las orientaciones del partido, comenzando por arrojar á las charcas esas que he dicho unos cuantos hombres de esos que estarían allí en su propio elemento.

Y no la tomaré en boca, por esto:

Me acuerdo de aquel castigo que se imponía antes á los blasfemos metiéndolos en un saco ó tina, con perros, gatos, culebras, víboras y otras alimañas, todos vivos, y arrojándolos después al mar. Y quiero mucho á la República para exponerla á igual suerte.

Por otra parte, era ya mucha lata la de estar años y años gritando: «¡A la unión, á la unión!», sin que nadie me hiciese caso de veras, excepto mis habituales lectores, á los que admiro por su paciencia y por su tolerancia conmigo.

Era ya mucha lata la de la Unión, si.

—Buen, se me dirá; pero si no se ocupa de Unión, ¿de qué va usted á ocuparse?

—No he pensado en ello todavía, pero no me faltarán temas. Por lo pronto, daré más amenidad al periódico, que buena falta le hace. Viene hace unos numeritos un poco pesado.

Claro que seguiré hablando de República y de republicanos; pero modestamente, y sin empeñarme en llevarlos á esta ó aquella parte. Que vaya cada cual por donde quiera. Con tal que no me priven del placer de comunicar á mis lectores lo que pienso, desisto por ahora de marcar orientaciones. ¿Para qué, si es completamente inútil?

Cerca de cuarenta diputados teníamos en las pasadas Cortes.

En esta tendremos unos veinte.

Con una agravante: que casi todos son reelegidos.

Hemos optado por lo malo conocido, sin duda para no desacreditar el antiguo adagio de que vale más que lo bueno por conocer.

Quédanos, sin embargo, una leve esperanza: la de que los que vienen por vez primera, Barriobero, Baylla, Ayuso, Gómez Chaux, Talavera, y Fernández del Pozo, no se dejen domesticar, y unidos á Castrovido y á Soriano, que ya han demostrado que quieren y pueden, hagan lo que los anteriores no hicieron.

Si estos fracasan, habrá que ir pensando en no volver á pensar en elecciones, convencidos definitivamente de que sólo sirven para acentuar los odios antiguos ó crear otros nuevos, haciendo con esto cada vez más imposible la unión leal y honrada indispensable para dar la última batalla á la Monarquía.

Después de todo, para que el país sepa lo que los monárquicos son, no hacen precisamente falta diputados: lo aprende á su costa.

Para combatir el régimen no sirven, si hemos de atender á la experiencia. Cuanto entran allí, los leones de los mítins se vuelven mansos corderos.

Para impedir las inmundicias y los grandes negocios sirven menos, pues cada día hay más.

Para mantener la fe en el ideal, tampoco sirven; cada vez está el pueblo más receloso y escéptico. Díganlo las elecciones del domingo.

¿A qué elegirlos, entonces? ¿Para que unos satisfagan vanidades y otros apetitos, á las claras ó encubiertamente?

Habría que ir pensando despacio en si debemos concurrir ó no á las elecciones próximas.

La conducta de los elegidos nuevamente nos lo dirá.

Hace mucho tiempo que había yo renunciado *in menti* á la realización del sueño de mi vida: ver restablecida la República. «Ayudaré á plantar y cultivar la palmera cuyos frutos gustará la generación próxima», me decía; pero trabajaba cual si realmente creyera que estaba la República al caer, como aseguraban mis queridos correligionarios.

Después de presenciar el espectáculo que acaban de dar los conspicuos y *conspicuitos* del partido, y ver que el Pueblo, por candidez ó dejadez, ó por ambas cosas, no se ha alzado iracundo y les ha dicho á todos: «¡Conmigo no se juega más; váyanse ustedes todos á paseo!»... ¡qué sé yo! ¡qué se yo!, casi voy creyendo que acaso convendría alargar la esperanza en su venida á una generación más, dicho sea sin pretender quitar ilusiones á los que creen, ó fingen creer, por vivir de eso, que va á llegar al galope la República inmediatamente que se anuncie la subida de Maura.

¡La subida de Maura!

Este es otro de los tópicos de que vienen abusando algunos vivos para embaucar á cuatro inocentes.

Si cuando el rey lo llamó en Octubre, á pesar de los pronósticos en contrario del consecuente profeta Alvarez, hubiera

querido Maura formar gobierno, ¿qué hubiera pasado aquí?

Nada favorable para el partido republicano.

Porque sólo podía haberse dado uno de estos dos casos: ó que en algún punto se hubiesen echado varios infelices á la calle, sin organización, sin plan, sin armas, y seguramente sin jefes, para ser barridos á balazos por la fuerza pública, y encarcelados y procesados los que no lograran escapar; ó que, y es lo más probable, que cada fracción del republicanismo hubiese aguardado á ver lo que hacían las otras, para pensar en lo que á ella le convenía hacer.

Y en cualquiera de esos dos casos, el republicanismo no habría quedado muy airoso que digamos.

Si sacamos del fracaso sufrido las enseñanzas que debemos, el partido volverá á dignificarse y fortalecerse. Nada de idolatrías, nada de caciquismos, nada de tratos ni contratos con los monárquicos, y que recobre la austeridad lo que el endiosamiento y la concupiscencia perdieron.

Pero de no aprovechar la lección, no nos quedarán más que estos dos caminos para volver á ser lo que en algún tiempo fuimos.

O que el Pueblo republicano, al que hemos contagiado de nuestras miserias y engreído con nuestras excesivas adulaciones, desengañado por fin, agarre la escoba y barra á la alcantarilla del olvido á quienes lo engañemos, lo entretengamos ó lo explotemos; ó que venga Maura, no como es hoy, que eso es poco, sino con la sangre de un Murawief ó un Trepof inoculada en sus venas, y nos escupa, nos apalee, nos prenda, nos destierre y nos ahorque, secundado por una legión de Ciervas y Ugartes.

Y á ver si entonces, por instinto de conservación, nos decidimos á hacer lo que no hemos querido ni intentar por deber, por patriotismo, por dignidad, por amor á España...

¿No ocurre ninguna de esas dos cosas? Pues resignémonos á seguir asfixiándonos en esta atmósfera que hemos hecho irrespirable con nuestras ambiciones chicas, nuestras pequeneces grandes, y este miserable afán de aceptar cargos para deshonrarlos, ó buscar por las encrucijadas de la monarquía medros inconfesables, todo al grito, que va ya resultando frase de loro inconsciente, de ¡viva la República!

JOSE NAKENS

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

Dios ante el sentido común

UNA PESETA

El Protestantismo y España se repudian

II

Lo primero que se debe dejar firmado, es la esterilidad absoluta del protestantismo en España.

El espiritismo, la teosofía, el racionalismo, todas las sectas y escuelas, con la centésima parte de medios, han logrado mayor número de adeptos.

Contra esto se aducirán quizás algunas estadísticas de protestantes declarados tales en los censos oficiales y en los registros de sus propias feligresías. A pesar de ello sostenemos la afirmación y precisamente basados en estos datos, en cuyo análisis es de suponer no querrán entrar los interesados.

Sin descender á punto tan enojoso, basta observar que á pesar de los años de campaña que llevan en España; á pesar de los poderosos recursos con que han contado; á pesar del prestigio disfrutado por la preponderancia política y moral de su carácter extranjero; á pesar de la predisposición del espíritu religioso popular; á pesar de la autoridad histórica no despreciable; á pesar del concurso que los cohechos, escándalos, abusos y corruptelas católicas les han prestado; á pesar del buen deseo del pueblo llamado «simplio» de ver surgir una fuerza contraria al clericalismo romanc; á pesar de todos estos pesares ¿qué personaje de relieve catequizaron los protestantes? ¿á cual español intelectual convencieron? ¿Qué explicación cabe de tal fenómeno, fuera de la absoluta esterilidad del apostolado?

El espíritu teologástrico, no menos furioso é ingenioso en los protestantes que en los católicos, suele responder á esto con la socorrida monserga de la refracción del espíritu meridional español al *espiritualismo* puro del protestantismo; en cuyo caso, mal parado queda el cristianismo del Cristo oriental y la conversión primitiva del mundo latino: y aun habremos de reconocer humildemente que el buen Jesús Nazareno equivocó sus promesas é intentos de «evangelizar á los hombres», cuando en la práctica resultan sólo evangelizables los europeos del Norte.

Esta alegación y excusa de nuestros evangelizadores, tiene quizás su mollo en otro hecho singular, á saber: que, por punto general, los católicos españoles, salvo una insignificante minoría, son más protestantes que los que vienen á protestantizarnos y llevan á éstos mucha ventaja en el camino del progreso doctrinal.

En efecto: nuestro clero educado en la escolástica y con tendencia á la teología filosófica, es incapaz de someterse al *biblicismo* ese, que viene á ser un ente sin cuerpo y sin espíritu, en donde todo es convencional y postizo, según la frase picaresca corriente entre los pastores protestantes: «En la Biblia, hay todo aquello que uno mete,» y fuera de eso,

no hay nada; ni razón, ni seriedad, ni coherencia, ni lógica, ni sinceridad: y todo su manoseo y jaleo y estudio, se reducen á un juego malabar de pasatiempo, útil para los que viven del oficio y admirable para los aficionados al *sport*, pero insustancial en el concepto lógico, y estéril en el orden ético.

No es caso de meternos en discutir estos temas. El Pastor que quiera ser sincero, reconocerá aquella frase, «la Biblia no es nada», y con ella queda terminada la cuestión.

Contra ese *nihilismo* positivo y disimulado, el católico ilustrado establece su principio temático: «la ciencia y la fe son hermanas; la fe, dirige la ciencia en lo desconocido; la ciencia, enmienda los errores de la fe en lo conocido.»

Esta es la teoría católica-española, clásica y pura, desde los tiempos primitivos hasta los actuales; desde Séneca á Balme, pasando por Feijóo, Cano, Vergara, Servet, Sebunde, Eximenis, Martínez de Osma y otros.

El antagonismo de espíritus prodújose en los albores del protestantismo, allá, cuando todos los países eran fanáticos siervos del papado y España estaba emancipada y era emporio de la libertad de conciencia y sede de la Filosofía del renacimiento. Loyola-Servet-Lutero-Vergara-Calvino: he aquí los tipos cumbres de la revolución aquella, puestos en íntimo contacto. Y si Servet no pudo morar en España para propagar sus doctrinas racionalistas, de fraternal amor universal, tampoco pudo predicar acá Loyola sus teorías nihilistas «á sangre y á fuego».

Y si ahondamos en el estudio de las cosas del tiempo, veremos que si Loyola es, en su temperamento y táctica, parecido á Lutero y Calvino como un huevo á otro, y tan fáciles de entenderse y componerse al no chocar la rivalidad personal, como incompatibles al producirse el choque de intereses; si esto observamos, quizás no cueste gran trabajo descubrir que Loyola llevó á Roma el espíritu cerrado de Calvino y Lutero, y que los tres convienen en su horror y fobia al *racionalismo* y al *humanismo*, simbolizados en Servet, quemado por los protestantes, y en Cazalla, quemado por los jesuitas.

Por esta razón, ni el jesuitismo ni el protestantismo encajan en España: ambos son antropófobos radicales. En nombre de su *teología* blasfeman de la Filosofía, reputándola como la Razón prostituida: mas si con su propia *teología* se les combate, blasfeman de ella en nombre de la Biblia: y cuando se les acorrala en nombre de la Biblia, que lo dice todo y no dice nada, y lo mismo sirve en el pro que en el contra, entonces apelan el argumento loyolano: «*spiritualis homo indicat omnia*»: ellos son los hombres espirituales: los demás son carnales y madera para el fuego eterno.

Y esto es antiespañol. Jesuitismo y protestantismo serán siempre exóticos. Podrán vencer y triunfar, pero no lograrán vivir en paz ni cautivar la conciencia. Podrán ser una política y un negocio:

jamás serán escuela ni religión del país. Y ocurrirá siempre que cuando España llegue á poner precio á la cabeza del jesuitismo, vendrán los países luteranos á protegerlo y ampararlo, para salvarlo del exterminio: Loyola nada tiene que temer de Lutero y de Calvino: los tres podrían llegar á entenderse y á pactar. Con quienes no pactarán, serán con Erasmo, Vives, Servet, Postel y Cazalla.

El análisis histórico-crítico de estos temperamentos, sería largo é inútil. Los hechos contemporáneos nos lo traen resumido en lo que decían *Fray Gerundio* y Ferrándiz: «los protestantes nos odian». Hay en ello un fenómeno geográfico: «jesuitas y protestantes odian á España y á la mentalidad española». Lutero no olvidará jamás que Servet fué producto genuinamente español y que en plena Alsacia tuvo valor para levantarse contra el misterio de la Trinidad, á sus dieciocho años, abriéndole proceso en nombre de la razón, y diciendo á las barbas de Lutero y del Papa: *vuestro Dios trino y uno es el cancerbero de la mitología*. Loyola no olvidará jamás que cuando todo el mundo le aclamaba beato, el Primado de España seguía sosteniendo que era un simple hipócrita.

He aquí el hecho: «nos odian» por instinto, por atavismo, por temperamento y por esta razón. Y á este odio España responde con el recíproco; son espíritus que se repelen por esto, por aquello, por lo otro, porque sí, por naturaleza.

¿Doctrina? ¿Religiosidad? ¿Moral? ¿Cristianismo? ¿Evangelio? Todo eso está fuera de cuestión.

Es el odio del primer principio, odio que se expresa en el errado sentimiento de superioridad mental del anglosajón sobre el latino, y en el falso sentimiento de superioridad del hombre religioso sobre el incrédulo, y del ortodoxo sobre el hereje.

Porque en el mundo latino y en el catolicismo romano, el espíritu crítico, al soltar las ataduras dogmáticas de la Iglesia, se hace liberal, es decir, racionalista en religión, es decir, modernista; y el modernismo ese es detestado por las Iglesias protestantes como por la católica, venga de donde venga.

Por esto en el órgano oficial de la Iglesia luterana en Francia, referente á la obra de emancipación de eclesiásticos franceses, puede leerse esta declaración: «Algunos lectores han creído que nuestro periódico (*Té moignage*) patrocinaba tal obra. Jamás tuvimos esta intención y lamentamos que se haya sospechado siquiera. Nuestra redacción NO PUEDE, en efecto, recomendar una obra que no tiene lazo alguno con la Iglesia luterana, ó con las otras iglesias protestantes» (1).

Es decir: sólo lo protestante interesa á los protestantes. El bien público, la justicia humana, la ética... nada valen si no llevan el sello eclesiástico. Lo mismo que

(1) Número de 2 de Enero de 1914, página 2.

en el catolicismo. Lo mismo que en la Compañía de Jesús.

El descubrimiento de tal espíritu dentro de los protestantes, ha obligado al insigne Jorge Bartoli (el P. Mir de Italia) exredactor de la *Civiltà Cattolica*, á hacer esta solemne profesión de fe:

«He tenido que romper con todas las iglesias protestantes por las mismas razones que me obligaron á romper con la católica. A estas horas, todas las iglesias son tiendas de comercio mayores ó menores. En la práctica todas reniegan el Evangelio que dicen profesar.»

Bartoli no es ciertamente un impío.

Este y mil testimonios parecidos vienen á confirmar esta conclusión: «Para poder ser hombre digno hay que renegar de todas las religiones organizadas. Para poder ser cristiano, hay que renegar de todas las iglesias.»

Aclarados así los términos iniciales del problema y abiertas estas columnas á la réplica que consideren necesaria los aludidos, establezcamos la segunda conclusión:

«España es refractaria al protestantismo histórico, porque éste es refractario al dinamismo espiritual de España. En mil años de convivencia no llegarán á quererse.»

Podrán ser vecinos correctos: no serán jamás amantes. Se juntarán los cuerpos, para odiarse las almas. Su cópula será meretricia é infecunda.»

S. P. O.

LA CAPILLA DE LOS MILAGROS

Toda la clásica beatería de Madrid, la flor de las jovenzuelas románticas y sensiblemente piadosas, tan dadas al roce con los bancos de iglesia como á ciertas feisimas costumbres observadas en los cinematógrafos; lo más lucido de nuestras congregaciones jesuíticas, los andantes mojigatos de boina y rosario, y casi todas las viejas y viudas desengañadas de esta bendita Villa, desfilaron ayer por la iglesia que posee en la plaza de Jesús la marquesa de Medinaceli.

Explotan la capilla unos frailes, tan cuidadosos del adorno del templo como del cultivo de la santa limosna; unos frailes que, desde hace dos ó tres años, han instituido una nueva tradición, digna de consignarse en las columnas de la Prensa sensata.

Hay en el templo un Jesús que ha elegido el primer viernes de Marzo de cada año para mostrarse dadivoso. Y así ocurre que, cuando llega ese día, una cola inmensa de devotos llena los alrededores de aquella iglesia durante las veinticuatro horas de la jornada, para pedirle á la imagen tres cosas, de las cuales no concede más que una; pero es fama que la concede, y con creces. Esto nos decía en la puerta de la capilla una joven á quien el Jesús de la marquesa de Medinaceli había dado un esposo amante y diez hijos más lindos que diez días de sol.

Presenciamos un momento aquella hilera humana, paciente, con gesto de clásica piedad; ellas, las muchachas, coqueteando con las puntas de la mantilla; ellos, los pequeños danzantes de esa sociedad de milagros, bulas, confesiones y ánimas del Purgatorio, conteniéndose, educados, melindrosos los piropos y el apetito; mucha luz en la iglesia, una bandeja de plata sobre la cual lucen montones de monedas y algún billete perfumado; afuera, obscuridad, murmuración, voces quejumbrosas de mendigos aprovechados, los mismos mendigos que hemos visto acosar á las máscaras en las fiestas de Carnaval, que atisban la hora de la salida de los teatros y cantan la *Marsellesa* en la puerta de los locales en donde se celebran mítines republicanos; un sereno que, á pesar de llevar el farol en la mano, niega lleno de sano escepticismo, que estemos en el siglo de las luces; muchas criadas de servicio, ansiosas de un pretexto lógico y moral para pelar la pava con el novio; caras compungidas, intrínquilas morales en forma de diálogo vehemente; una ebullición mística, en fin, de mil diversos caracteres á los cuales la novedad, el capricho, el misterio ó la devoción ha mezclado groseramente en la puerta de una iglesia.

Y cuenta que esto no es más que empezar. Así empezó la notoriedad del Cristo de la calle de la Montera, poseedor hoy de una renta inmensa, que mantiene gran parte de la aristocracia madrileña. Así empiezan las oleadas de prosperidad económica en los conventos de jesuitas. Se le ocurre á un hábil religioso ó á una monijita vivaracha decir, con las manos cruzadas sobre el estómago y los dedos pulgares agitando en uniforme movimiento de rotación:—«No tenemos en el convento ningún santo que haga milagros de verdad. Si cultiváramos este San José...» Y no hay duda de que se cultiva y de que cae á los pies de la imagen, en menos de dos meses, el dinero que fuera necesario para hacer menos penoso el servicio militar á dos mil hijos del pueblo, y en menos de cinco años el que hace falta para construir en Madrid un hospital, una Universidad y una estatua á Cervantes...

¡Qué admirable idea forjó la imaginación de los frailes arrendadores del templo de Jesús! Allí hay que construir una iglesia, se nos ha dicho; una iglesia que desafíe al cielo con la altura y majestad de sus cúpulas, y para poder construirla ha sido preciso inventar una tradición que por su originalidad arrancase á la piedad, á la mojigatería y á la presunción católica madrileña, unos miles de pesetas, santa y honradamente depositados á cambio de un milagro.

¡Un milagro! Un milagro sería en España pagar mejor á los maestros, crear Asociaciones de Caridad que, en vez de entretenerse en propagandas ridículas, evitasen que los pobres se muriesen de hambre en la calle. Un milagro sería para los españoles que fuese verdad la li-

bertad de conciencia y la política democrática que dicen practicar los gobiernos.

Cuando esto se realice, creeremos en los milagros y daremos la razón á las masas ovejunas que han llenado ayer con frenesí fanático el templo de la marquesa de Medinaceli.

ARTURO MORI

Profanación

Sentíase un calor asfixiante. La Sala de la Audiencia estaba llena de bote en bote. La entrada había sido tumultuosa. Al penetrar en el local, entre achuchones y blasfemias, la muchedumbre atropelló á un ujier y rompió los consabidos vidrios de la consabida mampara. Las apreturas en los pasillos fueron tales, que una mujer, que se hallaba en cinta, dió á luz prematuramente. Gran número de letrados, cubiertos por la honrosa toga, ocupaban el estrado. Las damas entrometidas, que por todas partes se insinúan, habían hallado medio de hacerse dueñas de los sitios de preferencia y asaltado los asientos destinados á los chicos de prensa, impidiéndoles cumplir los deberes de su ministerio.

Es que la causa que iba á fallarse era una de aquellas que tienen el privilegio de excitar vivamente la pública curiosidad. Un año hacía, casi hora por hora, que se perpetró el hecho de autos. Es el plazo mínimo que necesita en España la justicia histórica para la instrucción de un proceso. Cierta mañana, el reo que á la sazón ocupaba el banquillo, un joven alto, rubio, de arrogante y simpática presencia, había penetrado bruscamente en la catedral, llena á la sazón de fieles que asistían al oficio divino y emprendíola á golpes con el piadoso concurso. Su potente mano, armada de sendo látigo, repartía disciplinazos á diestro y siniestro, sin reparas en sexo ni edad. Clérigos y legos fueron por igual víctimas de su furia. Apoderóse el pánico de la concurrencia y á los pocos momentos la Iglesia estaba limpia de beatos. Cuando los dependientes de la autoridad acudieron para apoderarse del culpable, el suelo del templo, cubierto de rosarios, libros de misa, sombreros, toquillas, pañuelos, casullas y solideoos, semejaba un campo de batalla.

A medida que el relator leía con tono dormilón el apuntamiento, un vago murmullo formado por infinitas exclamaciones, se exhalaba de la multitud. ¡Qué impío! ¡qué fiera! ¡qué energúmeno! ¡Quién era aquél hombre que así había osado profanar el santo recinto? ¿Se trataba de un loco furioso, de un loco de atar? La prueba sobre el particular había sido terminante. Aquel hombre no estaba loco; era, sin duda, un exaltado, un demagogo, un sectario, un fanático sugestionado por las ideas disolventes que flotan en la atmósfera social. Pero el fanatismo no es causa legal de exención. El delito estaba probado; el culpable convicto y confeso. La espada de la ley no se había desenvainado en vano. La vindicta pública tenía su presa segura.

El fiscal echó el resto. Verdad es que la tal causa le había sido recomendada especialmente. A raíz del suceso, el jefe del partido conservador, hombre de arraigadas convicciones, de gran sinceridad y catoniana rectitud, había interpelado al Gobierno, reconviniéndole con dureza por

el desamparo en que dejaba el derecho de los creyentes. El ministro de Gracia y Justicia, el más excitado de los ministros, se creyó obligado con tal motivo á excitar el celo del ministerio público para la persecución de los delitos contra el libre ejercicio del culto oficial. Así es que el fiscal, que aguardaba el ascenso, hallábase aquel día más celoso que un turco. Y hubo aquello del respeto á la conciencia de los más, de la fe de nuestros mayores, de nuestras santas tradiciones, de la necesidad de la religión para fundamentar el Estado, sin omitirse lo de la intransigencia racionalista, la intolerancia herética, el fanatismo librepensador, ni dejar de poner en su punto los peligros sociales y políticos que lleva anejos la impiedad, madre de toda perturbación y tía de toda demagogia. Con esto y una invocación á la providencia y algo de piropeo al *gran pontífice*, el representante de la ley enjaretó una homilía que ya quisieran para sí el obispo de Sión y aun el primado de Toledo.

El defensor no estuvo flojo. ¡Qué vehemencia, qué fuego, qué expresión! Católico soy, exclamaba, poniendo la mano en la toga. El propio Silvela no me supera por lo acrisolado de la fe. Dispuesto estoy, como Pidal, á dar por la religión sangre y vida. Pero ¿es que por ello me encuentro obligado á tomar como oro la ley de moneda falsa de la hipocresía? ¡Hablaís de profanación de templos! ¡Sabéis lo que es hoy la iglesia para la mayor parte de los que la frecuentan? Para aquel burgués panzudo, hombre de orden y usurero de piedad, es un sitio de exhibición de creencias mentidas. Para la vieja solterona, chismosa y desabrida, es un rinconcito fresco en verano y abrigado en invierno donde descabezar el sueño. Para la niña coqueta estanque donde pescar novio. Para el *koska* degenerado soto donde cazar dotes. Para aquellos amantes furtivos punto de cita donde concertar sus uniones adúlteras. Feria de vanidades para la dama linajuda, centro de murmuración para la mojigatería femenil, campo de operaciones para la Celestina astuta... ¿Qué más? El propio sacerdote no suele ver en la iglesia sino el taller donde cobra su salario y gana su vida, ¿Y queréis castigar al hombre que, lleno acaso de generosa indignación, intentó purificar el templo?

¡Vana elocuencia! El Jurado, tras breve deliberación, dictó veredicto de culpabilidad. El tribunal de derecho, con estricta sujeción á lo proveniente en el caso 2.º del artículo 240 del Código penal, condenó al reo á la pena de cuatro años y dos meses de prisión correccional y 2.500 pesetas de multa.

Y allá fué á presidio para cumplir su condena el Redentor del Mundo. Porque ya habrás comprendido desde el principio, avisado lector, que el culpable de aquella gran fechoría, que nuestro Código penal con tanta dureza castiga, no era otro sino el mismísimo Jesucristo. Y el que lo dude no tiene sino consultar el Evangelio: Mateo, cap a 1, versículos 12 y 13.

ALFREDO CALDERÓN

Leyendas místicas

La Virgen de Sonsoles

Cautiva con sus naturales atractivos nuestra atención la Virgen de Sonsoles,

y tras un sorbo de agua milagrosa, bebido en la fuente que á un lado de su ermita corre, vamos con la venia del lector á ocuparnos de esta divina imagen.

Lo primero que de seguro se os ocurre preguntar, oyendo tan extraño título, es por qué á la Madre de Dios, en tierra de Castilla, se le llama de Sonsoles y no de Son-lunas, Son-estrellas, Son-luceros, ó ya dispuestos á emplear vocablos astronómicos, otro cualquiera de los muchos que se conocen en el Diccionario, relativos á tal ciencia.

La calumnia herética afortunadamente no se ha cebado, como en tantas otras ocasiones, en la limpia historia de esta sagrada imagen, ni siquiera ha discutido su milagrosa aparición ú origen. No ha pretendido suplantar, según aconteciese, por ejemplo, con la Virgen de Lourdes, la historia católica de su aparición en la gruta de Massabielle, con una historia profana, ¿qué decimos profana? de todo en todo pornográfica. No se dice del milagro católico español, acaecido no sabemos cuando, lo que se dice del milagro católico francés, acaecido por 1858; pero sus sendos relatos místicos, guardan entre sí mucha semejanza.

Allí fué á una criatura de doce años á quien se le apareciera la santa imagen; aquí fué á dos pastorcillos ignorantes, entre los cuales hubo diferencia de criterio y apreciación, pues mientras uno de ellos, viendo vagar por la montaña á una hermosa mujer con su niño en brazos, aseguró á su camarada que eran madre é hijo, el otro, deslumbrado por su hermosura sin duda, le replicó:—«Te equivocas, *son soles*.» Prosperó de ambos pastores, entre el vulgo, la opinión del último, y se con vino en que se erigiese un santuario por lo alto del cerro donde tal ficción se apareciera á los rústicos, consagrado á la Virgen, por la inspirada y poética exclamación del pastor, denominándola hiperbólicamente de Sonsoles.

Aunque el culto á esta divina imagen no sólo se extiende por Avila y los pueblos circunvecinos, sino al mismo Toledo y su provincia, ni del arte ni de la riqueza parece que sea aquel templo natural albergue. Fábrica de triste mampostería; con tres naves poco altas; un retablo mas aparatoso que artístico; una sacristía holgadísima, pero desmantelada; junto al camarín, reducido compartimento sobre cuyas paredes llenas de polvo véanse colgadas infinidad de ofrendas, la ermita de Sonsoles resulta un edificio de todo en todo vulgarísimo. Por nuestra parte, confesamos no haber sentido más curiosidad allí, que la que naturalmente despierta por la vista de objetos tales, como una navecilla de madera, correspondiente á la primitiva de plata ofrecida por un devoto, á quien diz libró la Virgen de pavoroso naufragio, y que ha desaparecido; y como un caiman, muerto á manos de otro devoto, ¿en algún río de Africa, de Asia ó de América?, no, de fijo en las márgenes del torrente Grajal ó en las riberas del río Adaja, y de cuyas mandíbulas se libró el infeliz por intercesión directa de la Virgen: ex votos ambos pendientes de los arcos laterales del templo.

Y si vimos con lástima, en el cuarto de las ofrendas, innumerables trenzas de pelo insensatamente cortadas á sus cabezas por las jóvenes bellísimas de Avila, en trasquileo no sólo inútil, sino ridículo, en cambio nos regodeamos de gusto leyendo la composición poética que sobre un bien

proporcionado cepillo ha puesto la mano de los clericales, para hacerle vaciar á mansalva allí, la bolsa á los incautos.

Dice á la letra el místico cartel:

«Fieles cuya devoción
esta imagen santa excita
á visitar en su ermita,
parad aquí la atención:
Si la fe á venir os mueve
á rogarla con fervor,
sabad que el culto es mayor
con la limosna, aunque leve.
La Virgen, acá en el suelo,
recibe el don que la hacéis,
y pagado le hallaréis
sobradamente en el cielo.»

Como se ve, la musa del clericalismo no brilla en esta coyuntura por su inspiración, pero, cual siempre, brilla por y para su provecho.

Parece mentira que la credulidad del vulgo raye tan alto, y la ruindad de los místicos de profesión baje tan á lo profundo. La entrada, naturalmente, es libre, como en los modernos bazares del comercio, en las iglesias católicas; pero la permanencia en ella ¡cuán cara resulta! Los más místicos oficios, las más sagradas ceremonias, las procesiones más fervientes, desde los benditos sacramentos hasta los responsos litúrgicos, todo en ellas se convierte en dinero.

La misa que devotamente oís, tiene su estipendio; el sermón que desde el púlpito os endilgan, en cobre, plata ú oro se trueca; el *Requiescant in pace* á los muertos, la bendición matrimonial á los vivos, el agua bendita á los recién nacidos, todo se convierte allí en dinero para el clericalismo. No dáis un paso en las iglesias católicas, sin que á seguida os asalten con sus cepillos ó sus bandejas los sacristanes demandándoos metálico. Si os acercáis á tal ó cual capilla, en su petitorio, los hermanos de una ú otra cofradía, ó lo que es más grave por más comprometido aún, las hermanas, os incitan á vaciar en sus vasijas de plata vuestro ya escualido bolsillo. Si fatigados de estar en pie, tendéis la mano para coger una silla, dinero os han de pedir; si pretendéis casaros con mujer extraña, dinero; si es con parienta lejana, más dinero; si es con próxima parienta, muchísimo, pero muchísimo más dinero.

Diríais que les pasa á los clericales lo que al avaro del cuento, quien á fuerza de anhelar y pedir al cielo oro y más oro para sus arcas, llegó á transformarse, como todo lo que tocaban sus manos, hasta su propia hija, en reluciente, pero vil oro. Con la única diferencia, de que mientras la abundancia del precioso metal fué una maldición contra el avaro, la abundancia del precioso metal en las iglesias, es una bendición para el clero. Responderán á todo esto los ultramontanos, que ellos, los clérigos, de algo han de vivir. Sea en buen hora; pero confiesen con llaneza, en tal caso, que su oficio divino es un oficio como otro cualquiera, es decir, como otro cualquiera no, más cómodo y más lucrativo que otro cualquier oficio manual ó intelectual de los profanos.

Lo cierto es que, á fin de no perder el tiempo ni desperdiciar ocasión, cuando ellos no demandan personalmente en pago de sus faenas místicas dinero á los fieles, pidenlo por ellos las bocas siempre abiertas de sus cajas de ánimas, ó las grandes hendiduras jamás cerradas de sus cepillos, para sostener el culto, cual este que acabamos de ver en la ermita de Sonsoles.

GINÉS ALBEROLA

EL MOTIN



La ocupación preferente del clero en los días de cuaresma,
y en los demás del año.

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior.....	6474'40
Sebastián Terrón (Zarzà la Mayor).....	1'00
Daniel Manrique (Torquemada).....	0'50
Juan Badia (Jaca).....	2'00
G. A. (Brasato).....	0'25
Senen Gil (Mendoza, Rep. Argentina).....	2'00
Juan Martell (Ecija).....	1'00
Raimundo Rufiandes, 2'00.—	
Enrique López, 2'00.—Baudilio Balart, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—José Coma, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—Bienvenido Vilaseca, 1'00.—Juan Puaté, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—Joaquín Armisen, 1'00.—Antonio Barbado, 0'50.—Juan Camell, 0'50.—José Franco, 0'50.—José Font, 0'50.—Salvador Barbará, 0'50.—Un enemigo de Rosales, 0'50.—Armisto, 0'40.—Ramón Balart, 0'25.—José Bonet, 0'25. (Tos de Gracia).....	15'90
Pedro Verdaguer (Santa Coloma de Farnés).....	6'00
Suma y sigue.....	6503'05

Tras los Pirineos

¿Lo estáis viendo?

Ossorio, convertido en ridículo Quijote de ideas de ultratumba, en paladín de un político vesánico, fué a Barcelona en son de reto a cantar las excelencias de la represión maurista, bárbara, cruel.

Sucedió lo que había de suceder: la ciudad civilizada, liberal, democrática que aún sangra de los zarpazos de la fiera; que recuerda los fosos de Montjuich regados con sangre inocente; que llora la pérdida de tantos hijos queridos perdidos en una lucha desigual y bárbara, y no se resigna a la ausencia de tantos otros que en extranjero suelo purgan el delito de haber hablado de libertad ante los gobiernos de la barbarie, se sintió herida en lo más íntimo de su ser, en lo más delicado de sus afecciones y en la fibra del decoro, y cual si los bárbaros estuvieran a las puertas, púsose en pie; tuvo un gesto gallardo, tradujo en acto la protesta contra la política maurista, imperativo, categórico de la conciencia ciudadana.

Lo ocurrido después, ya lo sabemos todos: detenciones al tum tum, prisiones arbitrarias por delaciones de un policía inepto, prisiones injustificadas de ciudadanos pacíficos, autoridades complacientes que, cerrando los ojos a la razón, se preocupaban tan sólo, en desagravio del

Moloch maurista, en echar carne a la fiera...

Con ser otras las circunstancias del hecho, va a repetirse para algunos, para bastantes de los presos el calvario del proceso de Hostafranchs.

La opinión republicana se ha conmovido, y mientras clama por la libertad de esos presos, que realizaron lo que ella sentía, que repitieron: *Maura, no!*, ha acudido con una suscripción a arbitrar recursos con que atender a las necesidades materiales de esos presos y de sus familias.

Bien está. La solidaridad humana imponía esa actitud.

Hacen los nuestros lo que pueden; alguno más de lo que puede.

Al leer días atrás que la Cruz Roja Republicana había contribuido a la suscripción con 500 pesetas, tuve una inmensa alegría, con la sombra de una pena.

Recordé que en pro de la benéfica asociación republicana para atender al republicano caído en la lucha, hice, en su día, cuanto pude con perfecto desinterés, y me llenó de júbilo ver que la institución cumplía una vez más con los fines de su instituto.

¿Lo estáis viendo?—dije.

¡Pero qué pasa, qué desencanto, qué dolor el mío, al considerar que los fondos de la entidad Cruz Roja Republicana no llegan a la suma de 7.000 pesetas!

Recordé con amargura cuanto—predicando en desierto—aduje para convencer a mis correligionarios de la necesidad de constituir un fuerte fondo económico bajo la denominación de Cruz Roja Republicana; vinieronme a la memoria las excitaciones dirigidas a los republicanos pudientes para que contribuyeran a esa obra de solidaridad y encontré todavía a faltar en las listas de suscripción, sus nombres prestigiosos.

Considerando que la reacción aprieta; que cada día será mayor el número de las víctimas que haya entre nuestros amigos, me convencí de que iba bien secundando a Nakens en su obra práctica, y me afirmé en la necesidad urgentísima de robustecer el fondo de la Cruz Roja Republicana.

Desde 5 céntimos en adelante, dé cada correligionario lo que pueda o lo que quiera para esa fundación altruista.

Háganse con dicho objeto colectas en los mítines y en los banquetes que tanto prodigamos; imiten todas las Sociedades a la Unión Republicana Graciense y a su abnegado socio señor Bonet, y cuando la desgracia abata a alguno de nuestros luchadores, la Cruz Roja Republicana tendrá medios, como ha hecho ahora, de tender la mano fraternal al caído.

El llamarse republicano debe costar algo.

CRISTÓBAL LITRAN

Montpeller, Febrero, 14.

Copio ese artículo de *El Progreso*, para decirle a Litran:

«Conforme con todo lo que usted dice, menos con el último párrafo.

El llamarse republicano no cuesta hoy nada a los que mangonean: les produce. Directa o indirectamente. Salvo contadas excepciones. Fijese usted en lo que actualmente se están en estos momentos echando en cara unos a otros.

Por otra parte, no hay que exagerar la nota. Los republicanos están sometidos a una porción de tributos que, no por ser voluntarios, dejan de ser onerosos: gastos electorales, recibimiento de jefes, celebración de aniversarios, banquetes en la Rabasada a treinta pesetas cubierto etc. etc. Y, la verdad, no pueden atender a todo.

Por otra parte, no debemos preocuparnos tanto de los que están en las prisiones o en el destierro por haber caído en la lucha. ¿No es un deber sacrificarse por el ideal? ¿Y no se sacrifican más que ellos los que echan sobre sus hombros la abrumadora carga de la concejalia y la diputación? Y los pobrecitos jefes ¿dónde ha visto usted sacrificio mayor que el suyo? Si no fueran todos ricos por sus casas ¿tendrían ni pan que llevarse a la boca?

Y siendo esto así ¿por qué han de tener los que sólo tienen fe y voluntad, el privilegio de que se les atienda cuando caen? ¿O es que no les basta con la gloria de haberse sacrificado?

Jugarse la libertad, o la salud, o la posición o la vida por el triunfo de la República, siempre se estimó entre nosotros como un deber sencillo. Por esto no le dimos importancia a que se fueran muriendo de hambre o de tristeza los que tal hicieron en 1883 y 1886, lo mismo militares que paisanos.

Y si con los de ayer hicimos esto, ¿vamos a hacer lo contrario con los de hoy? No. Los partidos deben conservar incólumes sus tradiciones.

Así, amigo Litran, pongámonos todos en la razón, seamos prácticos, y digamos al que caiga:

«Sólo encontrarás simpatías verdaderas y modesto amparo en los humildes, en los que menos pueden, en los que realmente tienen que privarse de algo para que los caídos, los emigrados, los presos puedan no creerse completamente abandonados.

De los demás, nada esperes. No tienen tiempo para ocuparse de otra cosa que de lo que particularmente les interesa. La palabra solidaridad no se inventó para los que explotan, o el trabajo, o la buena fe, o la inconsciencia de las masas, si no para las masas explotadas, o engañadas o estafadas. Para la *purria*, que dicen los catalanes.

Así, a morirme de hambre o de frío en la cárcel, o en el destierro.»

Sí, amigo Litran; de este modo debemos hablar al que cae, para no engañarle.

ALMANAQUE
cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas

PRECIO UNA PESETA

ARTÍCULOS FIAMBRES

Números cantan

¿Cómo podría compaginarse que el Estado no pagase al clero y sus individuos vivieran bien? Esto me venía preguntando hace tiempo, y hasta hoy no he dado con la solución. Es sencillísima.

Hay dos sacramentos, parece mentira, que la Iglesia no cobra: la comunión y la extremaunción. Calculemos ahora:

De los 20 millones de habitantes que tiene España, 19 y medio son católicos: sobre esto no admiten discusión los clericales.

Descontando 2 millones y medio por los niños que tienen menos de siete años, y no la obligación de comulgar, quedan 17 millones para el cálculo.

Pues bien: divida el clero á esos católicos en tres clases, y cobre á los de «primera» 25 pesetas por comunión, á los de «segunda» 5, y á los de «tercera» 25 céntimos, clasificándolos así:

CLASES	NUMERO	PESETAS
1.ª	1.000.000	25.000.000
2.ª	3.000.000	15.000.000
3.ª	13.000.000	3.250.000
SUMA. . .		43.250.000

Se me objetará que no todos los católicos comulgan. Cierto; pero vaya por los que no, los que lo hacen á menudo.

Y vamos ahora con la parte más saneada y segura del arbitrio: el viático á última hora.

No hagamos más que duplicar la cuota, aun cuando por la importancia del acto y celebrarse en el domicilio de cada creyente, merezca mucho más. Y tendremos, calculando la mortalidad en un 34 por 1.000 sobre los consabidos 17 millones:

CLASES	NUMERO	PESETAS
1.ª	34.000	1.700.000
2.ª	102.000	1.020.000
3.ª	442.000	221.000
SUMA. . .		2.941.000

Y estas no son cuentas galanas. ¿Qué católico se negaría á pagar tratándose de un sacramento indispensable para entrar en el cielo? Si para evitar que el fisco le embargue miseros bienes terrenales apela el contribuyente á todo ¿qué no haría el católico para librarse de las penas eternas?

Y lo mismo que del viático puede calcularse de la extremaunción; si bien habría que reducir á la mitad los ingresos, por los muchos enfermos que fallecen del susto al recibir el primero.

Tenemos, pues, que el clero recaudaría cada año:

CONCEPTO	PESETAS
Por comuniones. . .	43.250.000
Por viáticos. . .	2.941.000
Por extremaunciones. . .	1.470.000
TOTAL. . .	47.661.000

Cobrando además 25 céntimos (arbitrio que también debería establecerse) á todo fiel que quisiera oír misa entre semana (los domingos gratis como ahora) y calculándose sólo en 500.000 las personas que diariamente acudieran á los templos en toda España, habría para añadir 39.125.000 pesetas á los ya indicados, y el clero en vez de los 50.000.000 que hoy cobra del presupuesto, se encontraría con 86.786.000.

No se me oculta que la pobreza extrema de muchos católicos les impediría abonar su cuota, mas no hago alto en ello. Siendo la caridad una de las bases del catolicismo, los pudientes abonarían gustosos esas cantidades mezquinas para que sus prójimos se salvaran, máxime sabiendo que les serviría á la vez á ellos de recomendación eficazísima para encontrar gracia allá arriba.

Mas para que se vea que no quiero sacar los argumentos de quicio, rebajaré una cantidad considerable por quiebras y mermas de todas clases: 36.786.000 pesetas, es decir, la diferencia entre lo que hoy cobra el clero y lo que cobraría con mis proyectos. Y siempre le resultarían limpios los 50.000.000.

La cuestión administrativa podría arreglarse, enviando cada párroco, antes del día 5 de cada mes, lo recaudado á su obispo, éste haría la distribución, y allá para el 15 estarían todos en la diócesis al corriente de sus haberes.

Demostrado lo conveniente que sería para el Estado la creación de esos arbitrios, añadiré que á nadie le traería más ventajas que al clero, pues se vería así libre del temor que hoy le acomete al pensar que una revolución impía pudiera dar al traste mañana con su sueldo. Teniendo esas entradas seguras, nada le importaría.....

La idea está lanzada; estúdiela quien deba, adóptese, y se le dará al clero la independencia que hoy no tiene y la seguridad de que, mientras haya católicos, nada tendrá que temer de las transformaciones sociales.

1904

Hechos la pascua

Un hacendado muy rico que residía en Matanzas, entre los muchos ingenios que de su padre heredara, uno tenía distante, en situación extraviada, y en medio de la manigua, por lo cual ni amo ni ama habían ido á la finca ni en el tiempo de la zafra. Un año, al fin, resolvió ver su ingenio; allí era práctica ir á saludar al amo la dotación ó negrada, pidiendo la bendición, uno á uno y á sus plantas. —¿Como estás?—él le decía, y uno á uno contestaba:

—Lo mismo que taita Pancho.
—Señor, lo mismo que el taita. Lleno el amo de impaciencia, dijo:—¿Quién es? ¡que lo traigan! Llegó el taita, que era un negro de mas de un siglo, con canas, derrengado, medio ciego, cojo y cubierto de llagas, y al preguntarle el señor, —¿Cómo estás?—dijo con calma: —Yo muy... malito, mi amo; muy viejo, y hecho la pascua.

RAFAEL SOLÍS

LOS HOMBRES CÉLEBRES

DIDEROT

I

Diderot, tan universal como Voltaire y menos retórico que Rousseau, les aventaja por su originalidad y su verbo. Fué el creador de la crítica de arte con sus famosos *Salons*, el que contribuyó á la transformación del teatro francés con sus *Ensayos*, el que renovó y rejuveneció la filosofía y la ciencia por medio de la *Enciclopedia* y de sus libros tan profundos acerca de la *Interpretación de la Naturaleza* y el *Sueño d'Alambert*. También le somos deudores de una obra dialogada, tan bella como las más admirables de Shakespeare, la titulada *Nereu de Rameau*. Sus cartas á Mlle. Voland son tan pintorescas como las de Voltaire á la señora de Sevigné.

Diderot, ese hombre de espíritu tan refinado y de tan maravilloso saber, fué también uno de los más bellos caracteres y uno de los corazones más nobles de su tiempo. Amó á la verdad con pasión, y para servirla no vaciló en exponerse á la miseria y á la cárcel. Defendió con esa ternura ardiente de que tan elocuentemente nos habló Lamartine.

II

La vida de Diderot es de las más simples. Nacido en Langres en 1713, fué educado por los jesuitas. Al terminar brillantemente sus estudios, tuvo que escoger una profesión.

«No quiero ser médico—escribía á su padre—, porque no tengo inclinación al homicidio. No quiero ser procurador, porque no me gustan los embrollos. No quiero ser comerciante, porque no tengo condiciones para los negocios.

«Entonces—le contestaba su padre—¿qué quieres ser?»

«Nada—fué la respuesta—. Amo el estudio; estudiaré. Amo la verdad; trataré de buscarla, desde luego para mí, y en seguida la comunicaré á los demás. No seré alguna cosa, pero seré alguien.»

Fácil será adivinar cómo acogiera el padre de Diderot, hombre práctico ante todo, la profesión de fe de su hijo. Le creyó perdido, y á fin de corregirlo, comenzó por suprimirle la pensión. Reducido Diderot á sus propias fuerzas, vi-

vió durante diez años lo que se ha dado en llamar vida de bohemio. Comía alguna vez, cenaba por azar, pero trabajaba sin parar. Su miseria llegó á ser tanta, que un día cayó, casi muerto de hambre, delante de la puerta de una frutera, buena mujer que lo recogió y le dió de comer.

«A partir de aquel día—ha escrito Diderot—hice el juramento que en tanto tuviera un pedazo de pan, lo partiría con los que sufren.»

Juramento que cumplió escrupulosamente.

Un hecho bien curioso mostrará toda la bondad y grandeza de alma de Diderot.

Cierto día un individuo de bastante mala facha se presentó en casa de Diderot, llevando en la mano varias hojas de papel.

—Tomad y leed—dijo al filósofo.

Diderot tomó las hojas y leyó un innoble libelo contra su persona. Se le ultrajaba, vilipendiaba y ridiculizaba en su persona y en sus ideas.

—Esto es abominable. ¿Lo habéis escrito vos? Y bien, ¿por qué me mostráis esa ignominia?

—He pensado, señor—replicó el miserable—que os sería agradable impedir la publicación de ese libelo. Si me dáis un poco de dinero...

—¿Comprarlo?—dijo Diderot sonriendo—. Os dedicáis á un oficio vil y lo hacéis bastante mal. Yo soy muy pobre y no os podría pagar esta ignominia en lo que ella vale. Mis enemigos serán más generosos. Aquí tenéis la dirección del más rico.

Y Diderot le dió el nombre de un acaudalado financiero bien conocido. El corsario de la pluma iba á retirarse, cuando de momento añadió:

—Señor Diderot, vuestro amigo, que conozco bien, exigirá que le ponga al libelo una dedicatoria, y confieso que me verá algo embargado para redactarla.

—No os apuréis por eso—respondió el filósofo—. Esperad un momento.

Y en un santismén escribió la dedicatoria.

III

Diderot, falto de dinero, pero rico de ideas, daba á sus amigos consejos é inspiraciones. Aquel hombre dulce y generoso era un pensador atrevido. En filosofía defendía un deísmo amplio, mejor dicho, el panteísmo. Fué él quien escribió esta gran frase: «Engrandeced á Dios».

Durante un paseo que hacía por los alrededores de París con su amigo Gimm, se bajó para coger una flor, ante la cual se abismó en muda contemplación.

—¿Qué hacéis?—le preguntó sorprendido Gimm.

—Escucho á esta flor. Me habla.

—¿Y qué os dice?

—Me habla del Dios Universal de la Naturaleza.

La política de Diderot era tan elevada como su filosofía; era delicada y profunda, dos cualidades que no se excluyen en los grandes caracteres. El autor de la En-

ciclopedia se contaba entre los más ardientes partidarios del gobierno popular y de la libertad más amplia. Fué de los primeros que pidió el desarme de la nación.

«Un país no es libre—escribió—sino cuando cada ciudadano tiene en su casa dos trajes: el traje de soldado y el de sus ocupaciones habituales.

Fué también Diderot uno de los primeros en glorificar el trabajo manual, protestando del prejuicio que hacía considerar como envilecedoras á ciertas profesiones. A sus ojos sólo eran envilecedoras la pereza y la mentira.

ANATOLE DE LA FORGE

Animales útiles

Todos los errores van lentamente disipándose, todas las supersticiones desechándose, todas las patrañas desapareciendo.

Lo que ayer se juzgaba perjudicial, hoy se considera favorable; lo que inundo, puro; lo que falso, verdadero.

Concretándose á la agricultura, diré que los pájaros, exterminados antes con gran saña, son hoy respetados; y los topos; y ¡hasta los sapos!

A continuación va la noticia, que por cierto es bastante vieja:

«El sapo es un auxiliar sumamente útil en la agricultura, puesto que en el espacio de 24 horas devora una cantidad de insectos perjudiciales, cuyo peso en conjunto equivale al que tiene el sapo.

En muchas partes, por efecto de la ignorancia que se tiene del buen servicio que hacen estos animales, se les persigue y se les da muerte, mientras que en países que conocen su utilidad, no sólo no tratan de destruirlos, sino que los compran y los esparcen por los jardines.»

Gran servicio prestaron á la agricultura los primeros que advirtieron que eran útiles esos animalitos, tan cruelmente perseguidos y exterminados antes; pero no tendría comparación ese servicio, con el que prestaría á la Humanidad el que demostrara que el fraile sirve para algo bueno, ó mediano siquiera.

Decirlo, ya sé que muchos lo dicen; pero hasta ahora nadie ha podido demostrarlo. Es, por lo visto, tan indemostrable la utilidad del fraile, como la cuadratura del círculo ó cualquiera de los misterios de nuestra religión sacrosanta.

El complot electoral

Era disculpable al gran humorista, poeta del amor, que al interrogarle por cuál distrito había salido diputado, sinceramente dijera:

—Por... Romero Robledo.

A donde quiera que se llevase á don Ramón de Campoamor, había para él un tesoro de gratitud en los corazones. Todos los que amaron, desde el bandido al santo, le debían sentimiento, ternura, contraste y emoción, tristezas y alegrías.

—Os presento á Campoamor, podía decir, honrándose, Romero Robledo, é incontinenti surgirían las aclamaciones.

A Campoamor no lo hacían diputado los votos legales de los ciudadanos, uno á uno. Lo elegía sin trámite ni formulismo el pueblo, de arriba á abajo, chicos y grandes, mujeres y hombres, virtuosos y pecadores.

Los hombres que analizaron y explicaron el vaivén de la entraña humana, no es respeto lo que imponen, es veneración, que se manifiesta en cuanto puede, por servidumbre dulce y cariñosa, pues fué amor quien la engendró.

Delito era, sin duda alguna, llevar antes que en él pensaran los interesados, é imponerlo, un candidato á un distrito. Pero tratándose de Campoamor el caso tenía todo género de atenuantes.

*
**

Suficiente hay con las líneas anteriores, para que cualquier político adivine la finalidad de estos apuntes.

Es nuestro siglo de franqueza, de verdades, aunque sea al par tan tolerante como humano.

Imponer un diputado á un distrito, llevándole «un tipo» absolutamente desconocido ó con nota de méritos adocenados, es una cochínada.

Se da dinero á quien lo necesita; se otorgan favores que no puedan representar el menosprecio de nadie; pero situarse en la cumbre del poder, rodearse de la fuerza organizada para la vida del Estado, corromper la autoridad delegada, menospreciar la voluntad de una ciudadanía y ahogarla para que un zascandil sin pudor ostente un acta, suceso es que ocurre en todas las elecciones, pero debe merecer algo más que nuestra condenación.

Si yo fuera buen creyente, no pararía de hacerme cruces. Hay que fijarse en la urdimbre de un cunero.

Su acta se entreteje de una indelicadeza repulsiva.

Desde la altura del mando, una autoridad superior indica su capricho, señalando con alevosía el sitio del delito y las personas contra quien lo va á ejecutar. Por obediencia, servilismo ó ganapanería, fórmase una cuadrilla que practica con astucia ó violencia lo que sea necesario hasta cumplir el mandato. Protestas, defensas de las víctimas, suben en desgarradora lamentación hasta la región de la Justicia... Allí, los hombres fríos, los de las leyes, anotan para resolver, cuando toque el turno, por haber dado de mano á otras cuestiones, que el que es primero en número, es primero en derecho...

Pero como la elección va más aprisa que la sentencia, el botarate apadrinado obtiene su acta y empieza á usar papel con membrete: «El Diputado á Cortes por Villatruturada»; y, unas veces los infelices catetos, otras los bondadosos provincianos, soportan unos años esta irrisoria representación que, por lo general,

cae en el distrito devastándolo como una langosta los campos andaluces.

*
**

Hay que poner coto á esto. Los hombres libres, los hombres fuertes, los ciudadanos encariñados con sus derechos, y, en último término los hombres que sienten la dignidad, han de emprender, heroicamente, la cruzada hasta hacer que el derecho del sufragio tenga el respeto impuesto por toda conquista jurídica.

*
**

Propongo á los Diputados que hayan conseguido ahora lícitamente la investidura, que en las primeras sesiones presenten un proyecto de Ley dando facilidades á la Jefatura superior de Policía para que investigue, vigile y fiche á los que preparan é imponen candidatos contra la voluntad de los electores, y para que detenga, igual que á los «quincenarios», á los que á esto se prestan, y hasta á los que salgan triunfantes...

Esto, por lo pronto; que si no diera resultado, se podría iniciar otro medio de exterminio.

JOSÉ ALIUS

Malaga

La oración

Reza el rosario la vieja con más sueño que fervor, y la niña habla de amor con su novio por la reja.

Decir no estará de más cómo se llaman los tres: la vieja, PAZ; la otra, INÉS, y el enamorado BLAS.

Junto al brasero sentada la vieja, que nada nota, no dice frase devota sin dar una cabezada.

De dulce tranquilidad goza el gato, que se arrima al fuego, y en la tarima halla su comodidad.

PAZ.—Padre nuestro que estás en los cielos, santifi...

¡Morrongo, quita de ahí!... ¡O te estás quieto, ó verás!

Siempre este gato se pone entre los pies... tificado sea el tu nombre... ¡Endiablado animal!... Dios me perdone.

BLAS.—Un beso, por piedad. INÉS.—No.—BLAS.—Pero, deja... Uno tan sólo.—LA VIEJA:—Hágase tu voluntad.

BLAS.—Estar contigo anhelo siempre abrazado, mi bien; ¿querrás tú?—PAZ.—Así en la tierra como en el cielo.

INÉS.—Basta ya, ó me pongo muy seria.—BLAS.—¡A que no! INÉS.—¡Atrevido!—EL.—¡Yo!...—PAZ.—¡Eh, quietito, Morrongo!

BLAS.—Me voy.—INÉS.—Tal día hará un año. ¡Ingrato! ¡Infie!

Ya no te quiero.—PAZ.—El pan nuestro de cada día...

BLAS.—¿Ni un beso? Por quien soy, cuando tu madre no esté, que más de un millón te dé.

LA VIEJA.—Dánosle hoy.

.....
Pasan algunos instantes; el gato hecho una madeja ronca; le imita la vieja y se animan los amantes.

BLAS.—Entraré, abre el portón.

INÉS.—¡Que tal me aconsejes!...

Ya ves, yo...—PAZ.—No nos dejes caer en la tentación.

.....
BLAS.—Mañana, cuando estén tu padre y tu madre en misa, me vengo aquí muy de prisa, y abres y entro.—PAZ.—Amén.
J. E.

La cruz de Cristo Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA
NOTAS DE PEY ORDEIX
(Continuación)

pesetas, casa y demás al embajador de una Potencia extranjera, encargado muy especialmente de darla disgustos y de humillarla á cada momento. Paga, además, pesetas 62.500 al clero y culto de la Iglesia de San Francisco; 384.000 á los misioneros; 145.700 por el servicio del patronato; 62.900 pesetas por el personal de la embajada cerca del Vaticano, y sumas no menores de 50.000 pesetas, por viáticos, palacio de la Embajada, material y Agencia de preces (1).

Ministerio de la Guerra.—Cobrando el teniente vicario de primera 8.000 pesetas; cada uno de los ocho tenientes de vicarios de segunda 6.500; cada uno de los 11 capellanes mayores 5.500; cada uno de los 62 capellanes primeros 3.500, y cada uno de los 151 segundos 2.500, hacen un total de 735.000 pesetas. Los demás gastos del personal y los dedicados á culto importarán más de 20.000 pesetas; son, pues, 755.000 pesetas que el ministerio de la Guerra consagra á la Iglesia.

Ministerio de Marina.—Los sueldos de los capellanes de Marina son: 20.000 pesetas el vicario; 9.000 los tenientes de vicarios; 6.500 los curas de departamento; 5.500 los capellanes mayores; 3.500 los primeros; 2.500 los segundos, y 2.000 los aspirantes, y como dicho queda en su lugar cuántos son los correspondientes á

(1) Y además cada embajador tiene su capellán diplomático que refrenda los despachos al Cielo, al Infierno y al Purgatorio.

Subnota.—Mientras se imprime este número, la prensa liberal de París comenta regocijadamente la odisea que llevan allá tres clérigos españoles enviados por persona muy elevada para evangelizar la colonia española. Los pobres pensaron hallar capilla en la de la Embajada, y nones; sería lástima que por no darles hospitalidad la Embajada se perdiesen por los bulevares, seducidos por alguna sindinette...

cada clase, acusan la cantidad de 235.500 pesetas, y los gastos de oblata, funciones de iglesia y reparación de ornamentos de las parroquias marítimas y hospitales, unas 8.000 pesetas.

Ministerio de la Gobernación.—No merece la pena de sumar uno por uno los sueldos de los 77 capellanes que prestan sus servicios en este ministerio; siendo, por término medio, 1.000 pesetas, suman 77.000 pesetas, y alrededor de 4.000 lo destinado á culto.

Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes.—Son 63 los eclesiásticos empleados en este ministerio; sus sueldos varían entre 2.000 y 1.000 pesetas; vienen así á sumar, tomando el término medio de 1.500 pesetas, las asignaciones de los capellanes de las diferentes escuelas, 12.000 pesetas; los de los 57 institutos 86.500, y sobre 15.000 los otros profesores de religión: total de pesetas, 108.500.

Ministerio de Fomento.—Sólo atiende al clero con 1.000 pesetas.

Figuran, pues, en los presupuestos, sin contar las Obligaciones eclesiásticas, 2.180.916 pesetas destinadas al culto y clero.

Provincias y Municipios.—Tienen capellanes para sus hospitales, asilos, casas de corrección, cementerios, capillas especiales, etc.; ni aun el estudio de los presupuestos de unas y de otras entidades permitiría fijar el total exacto de las correspondientes asignaciones, mas no es excesivo fijarlas en 980.000, 20.000 por provincia.

Clero de la Capilla Real.—Los sueldos de sus 26 capellanes no importarán menos de 78.000 pesetas y sobre 125.000 la capilla de música, y calculo á tientas por no haber encontrado quien me informara autorizadamente: le paga el rey.

Los particulares.—Y llego á lo que satisfacen los particulares, de buena gana muchos y rabiando no pocos, y para calcular lo examinaré una por una las distintas fuentes de ingresos.

Bautizos.—Los datos del Instituto Estadístico relativos á matrimonios, nacimientos y defunciones sólo llegan á fines de 1909; y en ellos se consigna que los nacidos vivos en tal año fueron 650.487 y los muertos, ó que sólo vivieron veinticuatro horas, 16.190; estos últimos recibirían gratuitamente agua de socorro, mas los padrinos de los otros 650.387, y bajo 100, y son muchos, los que no se bautizarían, tuvieron que satisfacer los derechos de parroquia. En los pueblos de corto vecindario cuestan poco, mas rara vez se hacen de limosna; en las grandes poblaciones no se pagan mal, y poniéndolos á 4 pesetas cada uno, importan 2.601.548 pesetas.

En la imprenta de Roquero, en Cádiz, un curioso publicó el año 1820, la «cuenta de lo que pagaba anualmente el pueblo español por leyes y arbitrios religiosos», y teniendo entonces el dinero poco más de la mitad de su valor actual, y siendo la población una tercera parte menos, calculaba en 875.000 pesetas el importe de los bautizos pagados á 2,50.

Casamientos.—En el mismo año de 1909

se celebraron 129.496; y aun tomando en cuenta los que se hacen á mitad de derechos; los papeles de la parroquia, las amonestaciones, las velaciones y demás ceremonias, no bajarán de 50 pesetas; suman así un total de 6.474.800 pesetas. El anónimo de Cádiz presupuestando 50.000 á 25 pesetas y 20.000 á 100, calculaba el gasto en 3.250.000 pesetas.

Entierros.—Murieron en 1909, 466 652 individuos: son muchos los que, por en terrarse de limosna, apenas si molestan al clero haciéndole recitar un modesto responso, pero dejando en 300.000 los sepelios de pago, significan, calculados á 70 pesetas, 21.000.000: en las 70 pesetas incluyo los responsos, la mortaja, la sepultura y los derechos que el obispo se hace pagar por el permiso de escribir los epitafios, partidas, etc.

Fernando VII, en su afán de beneficiar á los mendicantes, monopolizó en ellos el derecho á vender sus hábitos viejos y sucios para mortajas, y el papel de Cádiz calculó que, vendiéndose éstas á 15 pesetas, significaba un gasto de 1662.300 pesetas por ser 110.820 los amortajados.

Las sumas de nacidos, casados y muertos en 1909, dadas por el Instituto Estadístico y por mí aceptadas, corresponden á un avance que se clasificará y completará cuando se terminen los improbables trabajos indispensables al caso, y mi deseo de que se rectifiquen, me inspiran una observación ajena al fin de este Mensaje, pero de interés.

En 1909 se celebraron 129.496 matrimonios, y como en 1906 llegaron á 138.484, y en 1900 á 161.201, parece va olvidándose mucho la obligación de casarse. Esto, no obstante, el número de nacidos aumenta; en 1900 fueron 627.848; y no anoto los muertos al nacer y dentro de las primeras veinticuatro horas; en 1906, 650 385, y en 1909, 650.487: dándose así el caso de aumentar el número de los hijos ilegítimos, que en 1906 llegaron á 23.302 y á 5.583 los expósitos, y en 1908 á 24 567, y á 5.372 respectivamente; no pasando de esta fecha los datos publicados por el Instituto.

Así, la población de España crece; en 1878 ascendía á 16.722.463 habitantes; en 1900, á 18.607.673, y en 1902, á 18.736.909. pudiendo asegurarse que la de hoy raya en los 20.000.000, á pesar de las guerras, de las emigraciones, de la falta de higiene de la miseria y de tantas otras causas.

Entre las cuales ocupa lugar preeminente el excesivo número de monjas, curas y frailes. D. Pedro Mata, ilustre catedrático de San Carlos, demostró en un minucioso trabajo los perjuicios del voto de castidad, nocivo á la salud de quien le presta y fatal para el Estado (1). La riqueza de los pue-

(1) *El celibato y la natalidad.*—Es este un problema muy complejo, cuyo estudio llenaría un voluminoso libro. El voto de castidad ha quedado reducido á un voto contra la natalidad. Aquél es el voto de Derecho; éste es el de Hecho. El Estado concordado acepta la convivencia del cura y del ama, el trato del fraile con la monja y el visiteo del clero de ambos sexos con las casas de profanos, de lo cual sale lo que sale; los cánones de la Iglesia y códigos del Estado están de acuerdo en prohibir el matrimonio honesto y el reconocimiento de hijos; esto es lo único perseguido y penado.

Cuanto más estudio este problema, menos claro veo en él. Por parte de las monjas, no hay duda de que cada una de ellas es una madre restada á la generación y colocada en el plano inclinado de la esterilidad, del

blo está en relación con el número de sus habitantes, y espanta la suma de hijos y de hijos de estos hijos que roban á la nación, los muchos miles de hombres y de mujeres, que por egoísmo, infringen el precepto divino de crecer y multiplicarse:

(Continuad)

infanticidio y del abandono de los hijos; esto es el crimen forzoso. De manera que las 42.826 religiosas, admitidas en esta cuenta condicional, se clasifican para estos efectos en tres categorías: *estériles, infanticidas y madres desnaturalizadas.*

¿En cuáles proporciones figura cada categoría en la cifra? Esto es imposible de averiguar, ni de someter á cálculo; pues, por lo pronto, son otras tantas mujeres hurtadas al matrimonio y á la educación de los hijos.

Por este lado, el cálculo es relativamente fácil. Según el *Censo oficial de España* (1) por 3.500.000 matrimonios, había 485.000 nacimientos (13 por 100). A igual proporción (pues no hay dato para suponer que las religiosas sean de otra casta prolífica que las demás mujeres españolas), tendremos que los 42.000 matrimonios deshechos por la profesión religiosa, producirían anualmente 5.460 hijos, lo cual, siguiendo el aumento progresivo de la generación, sirve de dato fijo para el cálculo del desastroso efecto del celibato en este punto, equivalente á la esterilidad de la población de varias provincias de España.

A esta plaga hay que añadir la otra de la maldición legal con que son estigmatizados los hijos de los clérigos, desde que el emperador Carlos V les declaró la guerra. Además de la desmoralización de los padres antes anotada, viene la desmoralización forzosa de los hijos, nacidos ya fuera de la moral social y en lucha continua con las leyes, y por este solo hecho colocados en el dilema de sucumbir al estado social, resignándose á ser parias; ó de rebelarse contra la iniquidad, odiando las instituciones que les infaman.

Todo lo cual viene á gravar por modos más ó menos directos á la Nación, con daños tan imposibles de tasar en el cómputo general, como fáciles de descubrir en los casos particulares.

(1) Ha sido este estudio hecho sobre el del año 1887, que para el caso es indiferente

Nada de evoluciones

Es manía ya crónica entre los hombres de ideas sacar á colación en todo momento la palabra *evolución*, que en este caso es algo así como cambiar de postura para adoptar otra que nos conduzca por peor camino al fin ansiado por los de buena fe, que es el que precisamente anhelan aquellos que con el viraje pueden alcanzar la tierra de su promisión y poder mangonear á sus anchas.

Incauto y muy pícaro necesita ser aquel que viendo las artimañas de toda pandilla caciquil que reina en nuestro partido, aun crea en una renovación de nuestra ciudadanía por este medio.

¡Basta ya de pensamientos huecos y de discursos mixtificadores!

Lo que ayer se reconocía como una de las más preciadas virtudes de nuestro cerebro, hoy nos quieren privar de ella, para mañana poner una mordaza de ignominia en cada idea del que discurre.

¿Así es cómo hemos de regenerarnos, no ya política sino intelectualmente?

Pensemos un poco todos los que amando la libertad sabemos cuánto vale ella

y lo que significa para el hombre, y convendremos en esto:

«Si queremos tan sólo ser libres en lo más estricto de la palabra, ó sea no vernos encarcerados como un pajarraco, pues no es esta ciertamente la libertad que debe distinguirnos del resto de los animales, debemos paralizar nuestro corazón cuando sienta, embotar el cerebro cuando éste discurra, paralizar nuestra mano cuando el impulso de la corriente nerviosa que la injusticia enciende en el corazón y calma en el extremo de la pluma, hagan á ésta trazar la gráfica de nuestros pensamientos. Tendremos que conformarnos á perder la sensibilidad, la voluntad, la razón y demás dotes que nos adornan, dejando que unos cuantos, con menos mollera que un cangrejo, hagan el oficio de timoneles en el rumbo de nuestro pueblo.»

Comparad ahora al hombre en estas circunstancias con el último cuadrumano, y veréis qué les diferencia.

La evolución ideal, que con marcada mala fe algunos pregonan, no tiene adaptación en nuestra patria; ¡ya lo saben ellos mismos!

Y si á nuestras voces de libertad contestan ellos con actos restrictivos atenuando hasta nuestros pensamientos, ¿qué lenguaje hemos de emplear?

En nuestros pechos late la respuesta.

Nuestra pasividad, que yo llamo cobardía en los más y egoísmo en los menos, acelerará la desaparición de nuestra patria, perdiendo aquella España, dueña de dos mundos, hasta el derecho de figurar en las páginas de la historia de los pueblos.

JOSÉ M. PASTOR

Ideal.

Mi paso por la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

José Nakens

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

Poesías festivas anticlericales

TOMO SEGUNDO

PRECIO: UNA PESETA

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

Las indulgencias

por

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

Ahora bien: suponiendo que así el dinero de las indulgencias como todo el que entraba en las arcas eclesiásticas hubiese servido únicamente para regalo de la prelación, el que había dado el dinero tenía mucho adelantado, si no todo, para su salvación.

Y que ese dinero servía para objeto tan laudable, no tiene duda: al contrario, tenemos de ello testimonios numerosos.

San Damián se enfadó mucho, no con los que daban el dinero, sino con el uso que hacían algunos prelados de ese dinero. «Censura con áspera severidad los grandes festines y las increíbles prodigalidades en que se empleaban los bienes de la Iglesia en los palacios de los cardenales y los obispos, mientras los pobres, cuyos bienes tenía la Iglesia en administración, gemían en la miseria. Los lechos de los prelados (decía), ostentan más riqueza y magnificencia que los altares y los templos más augustos; la preciosa cruz de Jesucristo yace en lugares menos suntuosos que aquellos en donde se entregan al sueño sus ministros. Los obispos, que sólo deberían ser ensalzados por frugales, aspiran a una vana y detestable gloria con lo suntuoso de su mesa, con los tejidos y las pieles de sus trajes, que únicamente estiman por su rareza y su elevado precio.»

Véase cómo el santo no dice aquí una palabra de los que daban el dinero, y sólo se refiere a los que lo gastaban.

San Bernardo mismo decía con frecuencia: «Las dignidades eclesiásticas se buscan sólo por las riquezas que proporcionan, y los hombres se disputan los obispados para gastar sus rentas en objetos vanos y superfluos.»

Entre los objetos superfluos no pueden incluirse en modo alguno las indulgencias; pero a nuestro impío entender, siendo estas de tanta eficacia, tampoco debían emplear en ellas su dinero los obispos.

Digolo así, porque gran parte de aquel dinero ya era producto de indulgencias, y si en indulgencias se hubiese vuelto a gastar, la moneda no habría salido de un círculo vicioso, motivo más que suficiente para que a otros objetos la aplicasen los prelados.

Por otra parte, la Iglesia, además de sus jubileos, con que da a ganar a todo bicho viviente las indulgencias que guste, suele aplicar sufragios «para librar de las penas del purgatorio aun las almas

de aquellos mismos que lograron alguna indulgencia plenaria en los últimos momentos de la vida»; por cuyo motivo creo aún más que habría sido y sería superfluidad en los prelados el gastar dinero en indulgencias, siendo ellos de la casa en donde se hacen y teniendo el convencimiento de que vivos y muertos les habían de alcanzar las que ellos daban a los otros.

¿Daban?... Sí: daban ó concedían, y aun cuando se ha dicho por algunos impíos que la casta esposa de Jesucristo vendía sus favores, debe tenerse entendido que nunca fué tal la teoría ni fué tal el intento de la Iglesia, sino que algunos sacerdotes, excepciones lamentables, delinquieron en esto.

A éstos sin duda se refería el célebre Rathiero, obispo de Verona, al decir: «Los sacerdotes pasan la vida en las tabernas. Vémosles presentarse ante el altar, borrachos todavía con la borrachera de la víspera, ensuciando con sus vómitos el cuerpo y la sangre del divino cordero.»

Y por si algún lector no entendiese el español, será bueno citar textualmente las palabras del obispo:

«...Hesternam ebrietatem vel crapulam ante altare Domini super ipsam carnem vel sanguinem ructant agni.»

Y no termina aquí el obispo. Dice además.

«Ocupados los sacerdotes en continuos devaneos, la codicia les consume, el odio y la envidia les tienen secos; los que deberían amar a los hombres, no hacen más que tenderles lazos para hacerles caer en engaños. Son usureros, y venden las cosas sagradas: hasta el perdón de los pecados venden.»

A esto quería yo venir a parar: a que pudo haber sacerdotes que vendieran las indulgencias, y aun daría yo de barato que lo habían hecho por regla general todos los del siglo XI, de quienes se queja el citado obispo; pero aun así, los sacerdotes de todo un siglo, no serían más que un mero siglo de excepción entre los muchos y gloriosos siglos que cuenta la Iglesia, entre los cuales, aunque no lo sé de cierto, se me figura que debe de haber pocos como el citado.

En aquel siglo fué cuando el Papa Benedicto VIII, estando en pleno concilio, tronaba contra los ministros de Dios, diciendo de ellos que se arrojaban deshonestamente y públicamente sobre las mujeres; los compara con los cerdos de Epicuro... Voy a copiar el texto latino del Papa: así tendrá más autoridad lo que digo; fuera de que, el latín escandaliza menos y, iparece tan bien un libro con latínajos...!

Decía el Papa:

«Sacerdotes Dei, ut equi emissarii, in faminas insaniunt, toto vitae suae tempore summum bonum, ut Epicurus philosophorum porcus, voluptatem adjudicant. Neque id cauti faciunt incauti, cum publice et pompaticè lascivientes, obstinatius etiam quam excursores laici meretricari non erubescant.»

No continuamos aquí los horrores que de los sacerdotes refiere el cardenal Pedro Damiano, porque aquellos servidores del Señor hacían cosas de las cuales ni en latín se puede hablar sin escandalizarse.

Por esto, pues, digo que quizás en aquel período se vendieran en efecto las indulgencias, y no tendrían eficacia alguna los perdones concedidos por aquellos hombres.

Aquellas excepcionales indulgencias, lo confieso, no me parecen agradables; pero las demás en general...

¡Oh! lo que es en general, digo como el otro:

Me gustan todas en general.

El maligno espíritu llegó a incomodarse, ahora hace tres siglos, con la abundancia y la fecundidad de las indulgencias, y contra ellas creo el protestantismo.

Era un consuelo ver lo desesperado que anduvo el demonio durante largo tiempo.

Tentaba de la gula a un hombre y veíale entregarse con brutal pasión a todos los excesos de la mesa. Asistíale de continuo, inspirándole siempre ideas de nuevos y más regalados manjares que excitaran su apetito y precipitaran su ruína en este mundo y en el otro.

Por fin moría el goloso, y cuando el demonio iba a echarle mano, creyéndole prenda suya, veía con acerbo dolor que el difunto tenía bula, y con los dedos chasmuscados echaba a correr, no como alma que lleva el diablo, sino como diablo que no lleva alma.

Y chascos pesados diariamente los recibía, de suerte que no sé cómo no enfermó.

Lo cierto es que a veces se proponía perder a toda una familia y pico...

Por ejemplo: apartaba a una mujer de la fidelidad conyugal a fin de perderla por el adulterio. Como este pecado supone siempre dos agentes, con el delito de la mujer pensaba él perder al amante. Inspiraba orgullo a la culpable y cobardía a su marido para que éste consintiese el mal y se hiciese culpable también, y por último, hacía nacer de ellos hijos adulterinos, para que concebidos en doble pecado, naufragasen sus almas.

Ponía en ello toda su diabólica habilidad, paciencia, constancia...; pero cuando aquellos pecadores iban muriendo, él, que tenía preparadas sus calderas, quedaba burlado, pues sus presuntas víctimas

se habían provisto á tiempo de sus respectivas bulas, y ó se iban al cielo directamente por influencias de santos bien quistos, ó se detenían en el purgatorio hasta que les llegasen sufragios.

Existe hoy día en Bélgica una sociedad de personas religiosas, fundada bajo la advocación de San José, esposo de la siempre bienaventurada Virgen María.

Un breve del pontífice Gregorio XVI declara á esa sociedad excelente para combatir la peste de los libros perversos.

Todo el individuo que entra en la sociedad, queda libre de cualesquiera penas eclesiásticas que se le hubieren impuesto por cualesquiera pecados.

De manera que el desgraciado que cae en flaqueza y al volver en sí se encuentra manchada el alma, no tiene más que hacerse socio de los Josefistas.

Acto continuo, como si le hubieran sometido á la operación de una colada espiritual, se encuentra limpio que da gusto de ver.

Un autor belga también, al dar noticias de esa sociedad, encarece en muy bellos términos cuan útil no debe ser una institución semejante para los aficionados á ganar el cielo pecando, supuesto que el Papa tiene prometido dar á todos los socios indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados.

En las indulgencias concedidas á los Josefistas, me parece notarse cierto progreso, así como en las obras mundanas solemos ver una innegable decadencia.

Para todo Josefista hay veinticuatro días fijos del año en que puede ganar indulgencia; de suerte que si tiene un poco de orden el socio, puede componerse de modo que reservándose el pecar para cada víspera de día de la indulgencia puede recibir el perdón en caliente, y si quiere, puede pasar muy poco rato en pecado mortal.

Pero el Pontífice no se limitó á conceder á esos socios los veinticuatro días fijos de remisión, sino que además, para cada uno de ellos hay indulgencia en un día de cada mes, día que el pecador puede elegir á su gusto.

Así el que ve un reloj bonito y desea hurtarlo, el que halla bien parecida la mujer del prójimo, el que por el hierro quiera anticiparse el goce de un testamento, no tiene más que decir: hoy quiero indultarme de toda pena espiritual, y salvo lo del Código, hacer de su capa un sayo.

¡Oh! ¿En qué falsa religión hallarian ustedes semejantes consuelos y tan poderosas garantías?

Es claro que estos beneficios no se obtienen sin esfuerzos. El socio debe rezar cada día el *Angelus Domini* y al final tiene que decir tres veces: «San José, ora pro novis.»

Si por repugnancia estética ó por cualquier otro motivo no quisiera el socio rezar la oración del Angel, consigue

los mismos efectos rezando otra concebida en los términos siguientes:

«San José, protector nuestro, rogad por mí y por todas las familias belgas, á fin de que, libres de la peste de los malos libros y fortalecidos en la fe por una sana doctrina, vivamos en el seno de la pureza y alcancemos la patria celestial por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.»

Esta oración no ocupa mucho tiempo al que la reza. El más perjudicado es San José, si, como observa el autor citado, ha de tomarse la molestia de rezar por todos los que en Bélgica leen malos libros. A bien que el santo, sobre no estar muy ocupado, puede rogar milagrosamente, de suerte que al propio tiempo le sea fácil dedicarse también á otras cosas.

Además de lo dicho, los socios, para ganar la indulgencia plenaria, tienen que rezar cada domingo diez Ave-Marías, la citada oración á San José, confesar, y frecuentar debidamente la mesa de comunión. Lo advierto gustoso por si hubiere algún aficionado...

Además tienen que estar suscritos á un periódico que trate de bribones á los no católicos. Pero aun suponiendo que el periódico cueste catorce reales al mes ¿por ventura se puede pecar más barato?

Dignos de la mayor indulgencia son los artistas que en España y en otros pueblos religiosos suelen reproducir las imágenes de las imágenes que se veneran en célebres santuarios.

Algo de esto hemos dicho ya; pero no hemos dicho que todavía hoy, á pesar de la impiedad que todo lo invade, chorrean indulgencias sobre esas estampas y esculturas devotas, que marcan el atraso en las bellas artes y el entusiasmo por la fe. No ha muchos años que Pío IX concedió á unos padres de la Redención una indulgencia plenaria para cuantos visitaren devotamente una imagen de la Virgen en dos distintos días del año, y les advierte que esa indulgencia es también aplicable á las ánimas del purgatorio.

En las cuales derrama tanta dicha la indulgencia, que recientemente escribió un historiador ortodoxo, que el día de la Asunción de la Virgen el purgatorio había quedado desierto.

Respecto á las imágenes y oraciones acompañadas de indulgencias, me encuentro á mano un párrafo de cierto cardenal arzobispo llamado Bonald, que en cierta pastoral al clero de su metrópoli decía no ha muchos años: «Procurad, amados cooperadores, procurad que los fieles no sean inducidos á error por las continuas publicaciones de milagros, profecías, imágenes y oraciones, que para codiciosos mercaderes pueden ser origen seguro de ganancias ilícitas, más para la religión son causa de pena y de temores.»

Con lo cual basta para encarecer el mérito de las estampas y oraciones con

indulgencias, pues no habría quien las falsificase en número bastante para apenar á la Iglesia, si no fuesen mercancía buscada y estimada.

Y á mano encuentro también el recuerdo de que el Papa León X ofreció en cierta ocasión indulgencia para todos los pecados á los que acudiesen á Tréveris á admirar una de las dos túnicas inconsútiles que dejó en el mundo Jesucristo.

Para ganar la indulgencia, sólo se necesitaba contemplar devotamente la túnica.

También era indispensable dejar una limosnita para la obra de la catedral. Tan indispensable era, que el que no dejaba limosna, por mucho que mirase la túnica no ganaba indulgencia.

No hemos echado bien la cuenta, y ahora notamos que sólo podemos disponer de un par de páginas, y el asunto apenas está, digámoslo así, desflorado.

Menester será que en el otro volumen que vamos á dar á luz para realizar por completo el propósito que hicimos al comenzar *Los Cachivaches de Antaño*, busquemos un piadoso pretexto y aprovechemos toda oportunidad que se ofrezca para decir algo más sobre la importante materia de las indulgencias.

¡Son de una aplicación tan universal... He dicho son? Léase fueron; pues desgraciadamente hoy día, después del naufragio de la fe, el pecador que quiere comer carne en viernes, piensa en si tiene dinero para comprarla, y no en si tiene indulgencia para comerla.

Hay, empero, todavía dignísimas excepciones, dignas de todo nuestro respeto; almas privilegiadas, naturalezas exquisitas que, fieles á los preceptos de la Iglesia, no pecan una sola vez sin el correspondiente permiso del cielo, del cual se les da recibo en toda regla.

La voz pública asegura que D.^a Isabel de Borbón, reina que fué de España, jamás cedió á ciertas propensiones de su sensible naturaleza sin contar con el permiso concedido en la bula *Singularis natura*. A esta prevención debemos acaso la existencia del príncipe Alfonso XI y pío, que si no llega á XII será porque todavía no se han inventado bulas que deshagan lo hecho por el satánico sufragio universal.

Entre tanto, si existe, que no lo sé, alguna bula para el autor de libros que á pesar de su buen deseo no los hace tales como él quisiera para mayor solaz, instrucción y contentamiento del lector, yo pido humildemente que esa bula me alcance para perdón de mis errores, y ofrezco enmienda y corrección en lo sucesivo.

FIN

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID